

Naguib Mahfuz

VOCES DE OTRO MUNDO

mr ediciones

Primera edición: febrero de 2005

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor. Todos los derechos reservados.

© 1936, Naguib Mahfuz

Títulos originales: «al-Sarr al-maabud», 1936. «Afw al-malik Usirkaf», 1938.

«Yaqzat al-mumiya», 1939. «Awdat Sinuhi», 1941. «Sawt min al-alam al-ajar», 1945.

Publicado de acuerdo con The American University in Cairo Press

© 2005, de la traducción, María Luisa Prieto

© 2005, Ediciones Martínez Roca, S. A.

Paseo de Recoletos, 4. 28001 Madrid

www.mediciones.com

ISBN: 84-270-3115-7

Depósito legal. M. 594-2005

Compuesto en EFCA, S. A.

Impresión: Brosmac, S. L.

Impreso en España - Printed in Spain

ÍNDICE

El mal adorado	4
El perdón del rey Userkaf	9
La momia se despierta	17
El regreso de Sinuhé	28
Una voz de otro mundo	34

EL MAL ADORADO

Antes de que el primer rey ocupara el trono de Egipto, el gran valle del Nilo estaba dividido en regiones independientes, cada una de ellas con su propio dios, su religión y su gobierno. Una de esas regiones, llamada Janum, era famosa por su suelo fértil, su clima templado y su abundante población. No obstante, su destino estaba cruelmente marcado por desgracias y tristezas porque mientras los opulentos vivían entregados al placer, los campesinos se morían de hambre. A consecuencia de la depravación, sobrevinieron enfermedades y epidemias que hicieron estragos entre los más débiles. Los responsables del gobierno de la región, dirigidos por el juez Sumer, el guardián del orden público Ram y el médico Toheb, se apresuraron a dictar reformas, y su intenso esfuerzo en erradicar el crimen y la depravación se convirtió en un modelo de empeño, honestidad y firmeza.

Durante una de las generaciones que sucedieron en aquella región, llegó un forastero: era un anciano con la cabeza y la cara afeitadas, según la costumbre de los sacerdotes egipcios, alto y delgado. Su mirada era aguda, a pesar de su edad avanzada, e irradiaba la luz de la inteligencia y la sabiduría. Era un hombre verdaderamente raro. En cuanto llegaba a un sitio, la gente empezaba a preguntar extrañada: «¿Quién es ese hombre? ¿De qué región procede? ¿Qué quiere? ¿Cómo es que va de un sitio para otro, cuando debería quedarse tranquilo, esperando el momento de pasar al mundo de Osiris?».

Su excentricidad no tenía límites: dejaba tras de sí un ambiente de discordia y escándalo allá por donde pasaba. Rondaba por los zocos y los templos participando en las fiestas -aunque no conociera a los organizadores-, metiéndose en asuntos que no le importaban. Hablaba a los maridos de sus esposas y a éstas de sus maridos, y a los padres les hablaba de sus hijos. Entablaba conversación con los hombres más relevantes y también con los criados y los esclavos, dejando tras de sí una profunda y poderosa influencia que provocaba una desafiante revolución en sus almas, aumentando las disputas y la hostilidad.

La forma de vida del forastero provocó el recelo de Ram, el guardián del orden público. Le seguía como su sombra, observando todos sus movimientos y sospechando de sus intenciones, hasta que finalmente le detuvo y le llevó ante el juez para que éste examinara el extraño caso.

Sumer, el juez, era un hombre de avanzada edad y amplia experiencia: había pasado cuarenta años de su ilustre vida luchando heroicamente bajo las banderas de la justicia y la verdad. Había mandado ejecutar a cientos de rebeldes, había llenado las cárceles con miles de maleantes y criminales y trabajaba sincera y honradamente para limpiar la región de los enemigos de la paz y la tranquilidad. Pero cuando el forastero se presentó ante él, Sumer se quedó extrañado y confuso. Se preguntó qué habría hecho aquel anciano decrepito. Luego, mirándole de forma penetrante, le preguntó con su voz

grave:

—¿Cómo te llamas, anciano?

El hombre no respondió. MoviÓ la cabeza como si no quisiera hablar o no supiera qué decir.

El juez, extrañado por el inexplicable silencio, le preguntÓ con severidad:

—¿Por qué no respondes? Dime tu nombre.

El hombre contestÓ en voz baja, con una sonrisa en los labios:

—No lo sé, señor.

El enfado del juez aumentÓ. —¿De verdad no sabes tu nombre? —le preguntÓ.

—No, señor, lo he olvidado.

—¿Quieres decir que has olvidado tu nombre, el nombre por el que la gente te llama?

—Nadie me llama: mi familia y mis amigos murieron y yo he pasado mucho tiempo vagando de un lado para otro, sin que nadie me llamara. Nadie se dirige a mí por mi nombre y, como tengo la cabeza llena de ideas y sueños, lo he olvidado.

El juez acusÓ al anciano de necedad y desvarío. Luego se dirigió al guardián del orden público y le preguntÓ:

—¿Por qué has traído a este hombre aquí?

A lo que Ram respondió:

—Señor, este hombre no descansa ni deja descansar a los demás. Importuna a la gente, polemiza con ella sobre el bien y el mal y no para hasta provocar la discordia.

El juez se volvió hacia él y le preguntÓ:

—¿Y qué pretendes con eso?

El anciano le dirigió una mirada penetrante y, con voz grave y a la vez trémula por su avanzada edad, le replicÓ:

—Quiero reformar este desagradable mundo, señor.

El juez sonrió y le preguntÓ:

—¿Acaso no hay quien dedica su vida a esta noble tarea, estando capacitado para ello? ¿Qué hacen el juez, el guardián del orden público y el médico? Tranquilízate, anciano, y no cargues con una responsabilidad que tu avanzada edad te impide asumir. Hay otros más capaces para hacerlo.

El hombre movió la cabeza con terquedad y dijo:

—Todos los que has mencionado existen desde el principio de los tiempos, pero no

han sido capaces de cambiar esta fealdad que desfigura el mundo. Todavía seguimos viendo en todos los rincones de la tierra a los heraldos del mal y las huellas del crimen.

—¿Y tú vas a triunfar, cuando todas esas fuerzas coordinadas han fallado?

—Sí, señor. Concédeme un plazo y verás.

El juez sonrió con desdén y le preguntó:

—¿Y qué medios posees que ellos no tengan?

—Señor, ellos persiguen el mal, curan las enfermedades y vendan las heridas, pero mi método consiste en eliminar el mal. El mal está refugiado en su escondite, y los demás sólo se preocupan por los síntomas. Yo lo he examinado con atención y he descubierto que el estómago es el origen del mal en esta región. He encontrado a muchos que no pueden llenarlo y aúllan de hambre. Y a la vez, hay otros que lo llenan todo lo que quieren. Y de la mutua atracción y repulsión entre esos estómagos surgen el saqueo, el pillaje y la muerte. Por eso, tanto el mal como su curación están claros.

—Todo lo contrario —dijo el juez—, el mal que has diagnosticado no tiene cura.

—Eso es lo que dicen, señor. Y lo dicen sólo porque carecen de algo esencial para Nuestro Señor: la fe en Él y la creencia en el bien. No creen de verdad en el bien. Luchan por su causa usando instrumentos pasivos sin sentimientos y actúan por dinero, honor y gloria. Pero en privado se mueren por aquello que manifiestan odiar. Ése es su oficio, señor. En cambio, yo creo de verdad en el bien y éste me impulsa a seguir mi método y a proceder con calma.

Las palabras del hombre provocaron la cólera del guardián del orden público por considerar que le había insultado en su presencia. Pero el juez, que era más tolerante y más bondadoso, restó importancia a lo que había dicho el anciano, y al no encontrar en sus acciones nada que mereciera castigo, le amonestó y le dejó en libertad.

El hombre salió de la sala de justicia sintiendo el júbilo de la victoria. Seguro de poder realizar su misión, caminaba con la energía de un rebelde, hablaba con el entusiasmo de un joven y rebosaba el optimismo de un profeta. Sus palabras provocaban una especie de magia, a la que no se resistían ni siquiera los hombres de edad avanzada, y en un breve espacio de tiempo consiguió conquistar los oídos de todos, encantar su corazón, provocar sus buenos sentimientos y dirigirlos por donde él quería. Los pobres le seguían, los ricos le obedecían y los rebeldes se sometían a él. La base de su llamamiento era la belleza y la moderación, bajo cuya sombra el pobre podía vivir satisfecho y el rico, sólo con lo que necesitaba. Aquella sociedad enferma encontró en él a un médico eminente y digno de confianza, por eso siguió su ejemplo y adoptó sus principios. Los resultados fueron deslumbrantes: se erradicaron el crimen y el mal, se remediaron todas las enfermedades y la felicidad reinó en la región. Los gobernantes se alegraron y depositaron su confianza en el hombre del que previamente habían desconfiado. Todos se sintieron felices por haber logrado el noble fin al que habían dedicado en vano sus vidas.

El tiempo transcurría lentamente, en un ambiente de tranquilidad desconocido para la

gente. Las autoridades fueron las primeras en sentir el comienzo de una nueva época: se encontraron sin nada que hacer, y el ocio sólo resulta placentero para quienes trabajan. Las horas ociosas se les hacían cada vez más pesadas, mientras veían irritados como su fama y su poder se desvanecían y su luz se transformaba en sombra.

En el pasado, el guardián del orden público tenía un poder que provocaba el pánico por donde pasaba, pero ahora se había convertido en algo que la gente miraba desafiante y con desprecio, como si fuera un ídolo caído.

Y el juez, que había ejercido su poder sagrado con una dignidad divina, ahora se había convertido en un personaje triste y sombrío que había dejado de escuchar saludos y ruegos, y que ignoraba a quienes se dirigían a él. No sentía más que soledad, hasta que se convirtió en una especie de templo abandonado en el desierto.

El médico, por su parte, sin dejar de quejarse en silencio, permaneció recluido en su casa, sin visitar a nadie y sin recibir visitas. Antes guardaba el dinero en un puchero, pero ahora gastaba su ahorros con todo el dolor de su corazón.

En la región, todos se sentían seguros y disfrutaban de bienestar, excepto los que se consideraban «artífices del bien». Ahora estaban perplejos y desesperados, y por más que lo intentaban, no encontraban una salida a su situación. El guardián del orden público era el que más sufría porque, aunque era el más osado, temía manifestar sus preocupaciones a oídos sordos y a corazones entregados al bien. Finalmente, perdió la paciencia y en una reunión con sus hermanos y otros parientes, preguntó con algo de temor:

—¿Qué haremos si mañana el gobernador prescinde de nuestros servicios?

Todos palidieron. Uno de ellos preguntó tartamudeando:

—¿De verdad es probable que prescinda de nosotros?

Ram se encogió de hombros con desdén y dijo:

—¿Y qué podemos hacer para merecer quedarnos?

El efecto de esas palabras fue como si se levantara la tapa de un caldero lleno y se saliera todo lo que había dentro. Uno de ellos dijo:

—Esta situación no se puede silenciar.

Otro añadió, apretando el puño:

—Ese viejo chocho ha echado a perder la región.

Otro arguyó:

—Destruye la elevada capacidad humana con su llamada corrupta que impide el progreso y aniquila las preocupaciones.

El secreto se propagó y todos revelaron sus sentimientos, excepto el juez, que en silencio miraba el horizonte lejano, sin prestar atención a lo que pasaba a su alrededor.

Su presencia hacía perder a muchos la esperanza de que les fuera a ayudar, pero Ram les dijo:

—No os preocupéis por el juez. Su corazón está con nosotros. Lo que sucede es que su lengua, acostumbrada a hablar de justicia, no le obedece en seguir nuestro propósito.

Todos estuvieron de acuerdo con esta afirmación.

Una mañana, al despuntar el sol, el extraño hombre había desaparecido. Sus seguidores le buscaron por todas partes, inspeccionando todos los rincones de la región, pero no encontraron ni rastro de él.

Su desaparición produjo una inquietante sorpresa y provocó opiniones diversas. Algunos dijeron que se había marchado a otra región, tras asegurarse de que su doctrina estaba bien arraigada. Otros creyeron que había ascendido a los cielos, tras haber concluido su misión. La tristeza invadió a todos los habitantes de la región, excepto a los que habían gozado de posiciones privilegiadas, los cuales respiraron aliviados recobrando las esperanzas y soñando con recuperar la gloria y el bienestar perdidos, aunque no dejaban de sentir inquietud al observar que la gente continuaba aferrada a sus creencias y recordaba sin cesar al extraño anciano.

Lleno de rabia, el guardián del orden público exclamó:

—Esta situación no puede continuar.

Todos le miraron con esperanza. Al percibirlo, Ram continuó:

—Conozco a una bailarina en la región de Ptah a la que los dioses han dotado de una irresistible belleza. ¿Por qué no la traemos durante unos meses? Estoy seguro de que el gobernador de esa región está deseando desprenderse de ella porque su belleza provoca mucho revuelo allí. Que la región de Janum la acoja durante algún tiempo, y ella sin duda provocará enfrentamientos entre los hermanos y entre los esposos, hasta que los opulentos deseen romper las cadenas que se han puesto sumisamente en el cuello. Esperad un poco y veréis los resultados. Ram puso en marcha su plan. Con ojos chispeantes de alegría, vieron desmoronarse la obra del anciano. El estómago volvió a su trono, imponiendo su gobierno, y la tranquila Janum recobró su antigua vida depravada, llevándose la paz que había prevalecido en la región. Los miembros del gobierno emprendieron su tarea de nuevo luchando por el bien, la justicia y la paz.

EL PERDÓN DEL REY USERKAF

El faraón Userkaf fue uno de los más excelsos monarcas de la quinta dinastía, que gobernó Egipto ejerciendo la justicia con piedad, la firmeza con inteligencia y la fuerza con afecto. Nada más subir al trono, reunió un gran ejército con el que se internó en el desierto occidental, con el propósito de aplastar la fuerza de las tribus nómadas que habían pretendido inducir a los reyes anteriores a la paz atacando caravanas, saqueando

aldeas del delta y asaltando a ciudadanos pacíficos. Userkaf los aplastó completamente y regresó con su ejército llevando consigo numerosos prisioneros y abundantes riquezas. De este modo, impuso su autoridad haciendo respetar el nombre de Egipto y salvando a su pueblo de las salvajes tribus. En un clima de paz y seguridad, se dedicó con esmero a los asuntos internos del país, procurando el bienestar de la gente: hizo caminos y canales y mandó construir para él una gran pirámide en Aswán, la capital real. Su reinado se distinguió por una gran seguridad, riqueza y construcciones, y el monarca vivió feliz y tranquilo en su majestuosidad, gozando del amor de su pueblo y sintiendo constantemente la sinceridad de los altos dignatarios. Sus mejores amigos y compañeros eran Sahura, su hijo y sucesor al trono, y Hurura, el visir, además de Samun, el gran sacerdote del dios Janum, y Samunra, el comandante supremo del ejército egipcio.

El rey tenía la costumbre de rezar todas las mañanas en el templo de Janum. Un día, entró en el santuario y permaneció a solas con la estatua: le besó los pies y luego rezó con fervor y profunda gratitud, recordando los numerosos dones. Terminó de rezar diciendo: «Alabado seas, padre Janum, por haberme otorgado el amor de la gente y la lealtad de los amigos, pues el amor de lo creado constituye la satisfacción del creador. No hay nadie más feliz en el mundo que quien hace felices a los demás y comparte sus sufrimientos».

En aquella época, la gente adoraba a los dioses con el corazón lleno de honestidad, fe y candidez, y los dioses, por su parte, les honraban, unas veces con palabras y otras con milagros. Por ello, al faraón no le resultó extraño oír una voz que le decía:

—Te he concedido sabiduría, rey. Entonces, ¿por qué confías tanto en los demás?

El rey se extrañó por las palabras del dios y, con el corazón angustiado, respondió con devota humildad:

—Sagrado Señor: yo he servido a mi pueblo con sinceridad y él me ha dado su amor. Yo he sido leal con mis amigos y ellos me han devuelto la lealtad. ¿Cómo puede eso ser causa de reproche?

La voz celestial, imposible de describir o imitar, respondió:

—Mira el árbol con abundantes hojas, cuyas ramas se extienden en el aire, y observa como la gente se refugia en su sombra de los abrasadores rayos de sol y recoge los frutos que están a su alcance. Luego mira ese mismo árbol en invierno y observa como el frío viento ha hecho caer sus hojas, dejando sus ramas desnudas y débiles, como un cadáver sin embalsamar. Fíjate en como la gente sólo se acerca a él para cortar las ramas y arrojarlas al fuego.

El faraón regresó a su palacio triste y preocupado, reflexionando sobre lo que le había dicho el dios, con la duda susurrándole en el pecho y la angustia gobernando en su corazón. Por primera vez empezó a ver los queridos rostros que le habían acompañado durante muchos años con amistad y fidelidad con un halo de suspicacia, detectando en su amable conversación una sarta de mentiras, en su sonrisa, una detestable hipocresía y en su apariencia sumisa, indicios de aprensión y temor. Una ola

de malévolos y violentos pensamientos le cubrió y deseó volver al feliz pasado cuyas páginas blancas no se habían ensuciado con viles imaginaciones. Le pareció que su vida, que hasta ahora creía feliz, en realidad era víctima del destino, un repugnante absurdo y una miserable desgracia ocultos tras una máscara de falsa felicidad.

El príncipe Sahura observó el extraño estado del rey. Confundido y preocupado, le preguntó a su padre qué enturbiaba su tranquilidad. El príncipe adoraba a su padre y el rey quería a su hijo más que a nada en el mundo. Como confiaba plenamente en él, le confesó la causa de su tristeza y le contó sus temores y la conversación mantenida con el dios Janum. Desconcertado, el príncipe no supo cómo disipar los temores de su padre.

El rey, que no dejaba de pensar, le dijo a su sucesor:

—No puedo castigar a los hipócritas sin tener pruebas tangibles de su hipocresía. He ideado una forma de descubrir lo que ocultan. Escucha, hijo mío: mañana viajaré a la región de Punt. Durante mi ausencia, tú te harás cargo del gobierno. Espera unos días, luego proclámate rey del valle del Nilo y tiente a las personas de mi confianza con altos cargos y dinero. Hazles promesas y sé generoso con ellos para obtener su sumisión y su obediencia. De este modo veremos sus verdaderos sentimientos.

Pero el corazón del príncipe rechazó el plan del faraón. Protestó diciendo:

—Te suplico, señor, que no me obligues a tomar una posición rebelde que será conocida en todas partes. Si te ausentas durante mucho tiempo, mi corazón perderá la tranquilidad y el pueblo se verá privado de tu protección.

Pero el rey insistió y convenció al príncipe de que cumpliera su deseo. Entonces Userkaf fue a ver a la joven reina Tay -que no era la madre de Sahura, la cual había muerto hacía mucho tiempo- para despedirse de ella y también de su querido perro Zay. Luego se montó en un barco mercante y se dirigió a la sagrada región de Punt, fuente de fragante incienso. Allí vivió una larga temporada vagando por sus fértiles valles y dondequiera que iba, recibía el honor y la hospitalidad dignos de un faraón.

Pero Userkaf no dejaba de pensar en el comportamiento de sus colaboradores a su regreso. Cuando sus pensamientos le atormentaban y le asediaban las imaginaciones, se refugiaba en bellos recuerdos, evocando los sentimientos sinceros que le habían mostrado. De esta forma recuperaba la paciencia y la tranquilidad. Y cuando sintió su pecho invadido por la angustia y las suposiciones y su corazón herido de nostalgia, decidió volver a su región.

Preparó su ligero equipaje y embarcó en un barco egipcio para llegar a la tierra por cuyo bienestar había dado la flor de su vida. Se dirigió a la aldea más cercana y, vestido como un forastero, se mezcló con la gente sin ser reconocido. Un día preguntó a un grupo de gente:

—¿Quién es vuestro rey?

Un chico con la cara tostada por el sol que llevaba un hacha en las manos le respondió:

—El bendito Sahura.

—¿Y cómo puedo verlo? —preguntó el rey. A lo que el joven respondió con un entusiasmo compartido por sus compañeros:

—Viene a ayudarnos si el nivel del Nilo baja y nos socorre cuando sobreviene alguna calamidad.

—¿Y qué recuerdo tenéis de Userkaf? —preguntó el rey.

—Bueno, si estuviera aquí y fuera nuestro rey.

El faraón suspiró y le preguntó con voz triste:

—¿Cómo habéis podido renegar de él, si fue para vosotros un excelente gobernador y guía?

El joven le lanzó una mirada severa y le dijo dándole la espalda:

—La rebeldía es un mal que odian los dioses.

El rey se marchó de la aldea triste y se dirigió por el Nilo hacia la capital de su reino. Cuando estuvo en el templo de Janum, pidió una entrevista con el sumo sacerdote Samun y fue invitado a entrar en el santuario. Nada más verlo, el sumo sacerdote lo reconoció, a pesar de su atuendo. Lleno de perplejidad y angustia, exclamó con voz ronca:

—¡Mi señor, el rey Userkaf!

El rey sonrió con amargura e ironía y le preguntó:

—¿Cómo puedes decir que soy tu señor el rey, cuando has dado tu bendición a quien me ha usurpado el trono?

El sumo sacerdote se turbó y dijo con voz temblorosa, desviando la mirada:

—Mi señor, ¿qué podía hacer un hombre débil como yo que no estaba acostumbrado a luchar?

—Luchar no es una obligación para todos los hombres, pero la lealtad sí es obligatoria para todos los hombres honorables. ¿Cómo puedes permanecer al servicio de alguien que ha traicionado a tu señor y benefactor?

El desconcierto del viejo amigo del rey aumentó y fue incapaz de contestar. El faraón continuó:

—Samun, puedes arrepentirte de tu pecado declarando la ilegalidad del gobierno de mi hijo Sahura y ofrecerme un servicio que me animará a volver a confiar en tu lealtad.

Pero el sumo sacerdote le dijo horrorizado:

—No puedo, señor. Mi obligación es servir a mi Dios, no destronar reyes.

Userkaf se quedó en silencio un momento, observando con ojos severos la mirada

esquiva del sumo sacerdote. Luego, el rey se dio la vuelta bruscamente y salió del templo angustiado, mordiéndose los dedos con pena.

Se dirigió al palacio del visir Hurura y pidió permiso para entrevistarse con él. Pero los criados se burlaron de su miserable aspecto y le echaron de allí. Él insistió, pero los otros continuaron despreciándolo. Entonces les dijo que era amigo del visir y mencionó un nombre que probaba su amistad, así que le dejaron entrar. Cuando el visir vio al hombre que estaba ante él, se asustó. Con los labios temblorosos y los ojos muy abiertos, exclamó:

— ¡Mi señor!

El rey respondió con calma:

— Que Dios te bendiga, amigo Hurura.

— ¿Te ha visto alguien entrar en mi casa? — preguntó el visir preocupado.

El rey captó el sentido de la pregunta y dijo con profunda tristeza:

— Sí, amigo. Me han visto los criados y los guardianes que vigilan tu puerta.

— ¿Y te ha reconocido alguno de ellos? — preguntó asustado.

— No sé — respondió el rey.

— Ojalá el rey no se entere de que has venido a mi palacio.

— ¿Tienes miedo de ese usurpador?

— ¿Cómo no voy a tenerlo? Es mejor que salgas de mi palacio por la puerta de atrás.

— ¿Me estás echando, amigo Hurura?

— Señor, perdóname. Mi situación es difícil. Te lo ruego en nombre de nuestra vieja amistad.

El faraón sonrió con ironía al ver a su visir en un estado de angustia digno de lástima. No tuvo más remedio que marcharse del palacio por donde le había indicado su amigo, sintiendo una inmensa tristeza.

El único amigo que le quedaba era el comandante Samunra. A pesar de las decepciones que había sufrido, sus amargas experiencias no debilitaron la confianza en su comandante, que era un hombre caballeroso, valiente y leal. Los dioses le habían dotado de una naturaleza que no concebía la traición ni la cobardía. Poniendo sus últimas esperanzas en él, Userkaf pidió permiso para verlo. Al posar sus ojos en él, se emocionó vivamente y exclamó abriendo los brazos para abrazarlo:

— Comandante Samunra, ¿no me reconoces?

El comandante se levantó inmediatamente y dijo con sorpresa:

— ¡Mi señor el rey Userkaf!

—Sí, el mismo —dijo el faraón—, con toda su miseria y tristeza.

El comandante no percibió los brazos abiertos del rey. En su rostro sólo apareció una expresión de dureza y severidad. Le preguntó a su antiguo soberano con aspereza:

—¿Su Majestad el rey sabe que has entrado en su reino?

Userkaf se quedó desconcertado. Bajó los brazos con amarga decepción y dijo lacónicamente:

—No.

—¿Y qué has venido a hacer a Egipto? —preguntó el comandante con un tono aún más áspero.

—He venido a buscar ayuda de mis viejos amigos.

El comandante se acercó al faraón y le dijo con un tono militar:

—Mi deber, como comandante del ejército egipcio, es arrestarte en nombre del rey.

—¿No te das cuenta de que yo soy el rey legítimo? —le preguntó Userkaf, a lo que el comandante respondió, poniéndole la mano en el hombro:

—Egipto tiene sólo un rey. No conozco a ningún otro.

El faraón, convencido de que era inútil seguir argumentando, se entregó al comandante. Fue conducido al palacio real y entró con el comandante en la gran sala del trono, donde estaba el rey. Userkaf vio a su hijo sentado en su trono, rodeado por sus hombres de estado, encabezados por Hurura y Samun, y se dio cuenta de que esos dos se habían apresurado a informar a Sahura de su llegada. Agradeció que estuvieran allí para que fueran testigos junto al comandante de su regreso al trono y le prometieran la lealtad que habían manifestado a su hijo. Todos habían experimentado la amargura de la humillación y la deshonra que torturaba sus almas y ahora se apresurarían a arrepentirse.

El rey miró a su hijo de forma significativa. Pero cuando se disponía a hablar, oyó los ladridos de un perro y vio a Zay, que, abriéndose paso entre las filas de los guardianes, corría hacia él con una irresistible fuerza. El faraón le acarició con una ternura que manifestaba el cariño que le profesaba, aunque no consiguió calmar la excitación del animal sino tras mucho esfuerzo. Luego avanzó con paso firme hacia su trono hasta situarse ante los guardianes, miró a su hijo con asombro y dijo:

—Levántate, hijo mío, mi experimento ya ha terminado. Invítame a mostrarme ante estos hipócritas.

Pero su hijo, en lugar de levantarse para dejarle su puesto, le dijo con majestuosa autoridad:

—¿Qué has venido a hacer aquí, tú, el hombre a quien los dioses concedieron un vasto reino pero despreció su derecho y se fue a divertirse a la región de Punt?

Las palabras de Sahura sonaron como una sentencia. Userkaf abrió los ojos estupefacto y miró a su hijo ensoberbecido y a sus hombres maliciosos.

Perdiendo la paciencia, Sahura le dijo con crueldad:

—Ahora tengo derecho a cortarte la cabeza. Pero no olvido que eres mi padre, y no quiero cometer un crimen que nuestras tradiciones condenan. En lugar de eso, te abro mi pecho pacientemente y te doy un día para hacer los preparativos. Luego partirás a la región de Nubia.

La corte ensalzó la caritativa acción del rey y le llenó de alabanzas. Userkaf, por su parte, se sintió tan apesadumbrado que se le frenó la lengua y se le paralizaron los miembros. Su perro Zay, percibiendo su dolor, empezó a ladrar y a palpar su túnica, polvorienta por los viajes.

El rey se sobrepuso y le preguntó a su hijo:

—¿Y la reina Tay?

—Ahora es la reina del feliz Egipto.

El rey suspiró y volvió a preguntar:

—¿Puedo pedirte que dejes que Zay me acompañe?

—Eso te lo concedo, porque estamos hartos de sus ladridos.

El rey se marchó de Egipto con el corazón lleno de dolor y tristeza por su adverso destino. Se dirigió a su exilio en compañía de su perro fiel y llegó a la región de Nubia, donde vivió entre las montañas en terrible soledad, sin hablar con nadie, compartiendo sus penas y su dolor con la única criatura que le había manifestado afecto y fidelidad, soportando por él con paciencia la soledad.

Pero el gobernador de Nubia no le dejó solo durante mucho tiempo. Le fue a visitar y también le invitó a que le visitara, sin escatimarle afecto ni honor. El rey no tardó en descubrir su verdadera personalidad: era un gobernador frustrado que consideraba su destino en Nubia como una ofensa contra su persona, y mostraba la falta de reconocimiento de sus servicios y su valía. Entonces brilló en el corazón del rey una chispa de esperanza. Explotó el descontento del gobernador para convencerlo de que enviara tropas nubias y egipcias al norte, y se ofreció a encabezarlas. Sahura, por su parte, dispuso su ejército para hacerles frente, y ambos ejércitos entablaron una decisiva batalla en la que el rey Userkaf salió victorioso. Entró en la capital como rey conquistador, arrestó a su hijo y a sus amigos y los metió en la cárcel.

Cuando la reina Tay se enteró de la victoria del ejército de su primer esposo, le invadió el terror y se suicidó para no dar a Userkaf la oportunidad de vengarse de ella. Pero el rey no estaba dispuesto a tomar ninguna decisión ni a decretar el destino de los prisioneros hasta que se aplacara su cólera y cesara el entusiasmo por la victoria. Se tomó mucho tiempo para pensar y reconsiderar las cosas. Tras pasar una larga noche reflexionando, llegó a una conclusión.

Por la mañana, mandó a su hijo y a sus compañeros que se presentaran en el trono. Cuando estaban allí postrados, vio sus miradas debilitadas, sumisas y desesperadas. El rey se los quedó mirando durante un rato con una enigmática sonrisa. Luego les dijo con una extraña serenidad:

—Os he perdonado a todos.

Se quedaron impresionados, sin poder dar crédito a sus oídos. Miraron al rey, sentado en su trono, y se intercambiaron miradas de incredulidad. El rey dijo con asombrosa calma:

—Sé lo que digo. Os he perdonado a todos. Volved a vuestros puestos y ejerced vuestro trabajo con la dedicación y la sinceridad dignas de la confianza que he depositado en vosotros.

Perdiendo la paciencia, el gobernador de Nubia dijo:

—Señor, ¿perdonas a los que te usurparon el trono y te expulsaron de tu reino sin piedad? ¿Perdonas, señor, a esos que todavía tienen la ropa manchada con la sangre de los que murieron en el combate por defenderte?

El rey sonrió y dijo:

—¿Quién puede ser mi mejor sucesor? ¿Quién puede ser un sacerdote más piadoso que Samun, un visir más capacitado que Hurura o un comandante más destacado que Samunra? Y si la reina Tay no se hubiera quitado la vida, ocuparía de nuevo este trono junto a mí. En cuanto a tu sinceridad, querido gobernador, la considero peor que la acción de los otros, y no tengo más confianza en ti que en ellos: todo el mundo se cobija a la sombra del árbol frondoso y, cuando en invierno se queda sin hojas, le abandonan sin compasión. Por eso, yo no gano nada con matar a estos hombres; además, no voy a encontrar a nadie mejor para ocupar sus puestos.

De esta forma, el rey Userkaf vivió el resto de su vida sin ningún apego emocional. No tenía íntimos en su palacio de Abu ni en la corte ni entre el pueblo llano, salvo Zay, su leal amigo.

LA MOMIA SE DESPIERTA

Me resulta muy embarazoso contar esta historia porque algunos de sus acontecimientos violan las leyes de la razón y de la naturaleza. Si sólo fuera ficción, no me causaría tal embarazo, pero sucedió realmente y su víctima fue uno de los hombres egipcios más conocidos en los círculos políticos y aristocráticos.

Me la contó un eminente profesor de la universidad, de cuya inteligencia y carácter no hay motivo para dudar, ni tiene tendencia a afirmar cosas imaginarias. Pero, a decir verdad, no sé cómo creerlo y convencer a los demás de que lo crean, y no se debe a la

rareza de los milagros en nuestra época, porque la nuestra es, sin duda, la época de los milagros, pero las personas con mentalidad lógica no aceptan las cosas sin demostración, del mismo modo que se creen todo lo que tiene una explicación lógica. A pesar de que la extraña historia que voy a contar es auténtica, resulta coherente y cuenta con testimonios tangibles, su base científica es dudosa. Por eso, ¿no es lógica mi vacilación en presentarla?

En cualquier caso, esto es lo que me contó el profesor Dorian, «profesor de Arqueología del Antiguo Egipto» en la Universidad de Fuad Primero.

Aquel triste día en que el corazón de Egipto latió de pena y dolor, fui a visitar al difunto Mahmud Pachá Al Arnauti a su gran palacio del Alto Egipto. Recuerdo que encontré a un grupo de amigos que acudían allí cuando las circunstancias se lo permitían. Entre ellos estaban *monsieur* Saroux, director de la Escuela de Bellas Artes, y el doctor Pierre, especialista en enfermedades mentales. Estábamos reunidos en el elegante y refinado salón, decorado con pinturas y esculturas que parecían concentradas en ese lugar para hacer llegar el saludo de los genios de la modernidad a la memoria del genio del eterno faraón, el cual, enterrado en las ruinas del valle del Nilo, brillaba con luz propia a través de la oscuridad de los años como las resplandecientes estrellas en el cielo o cual viajero en medio de la noche tenebrosa.

El difunto era uno de los hombres más ricos, más cultos y más nobles de Egipto. Su amigo, el profesor Lampere, una vez dijo de él que era «tres personas en una»: turco de raza, egipcio de nacionalidad y francés de corazón y de mente. Y llegar a conocerlo era el mayor logro.

El Pachá era el mejor amigo de Francia, a la que consideraba su segundo país. Sus días más felices fueron los que pasó bajo su cielo. Todos sus amigos se consideraban franceses, tanto si vivían en las riberas del Nilo o del Sena. Yo me imaginaba, cuando estaba en el salón, que me había trasladado súbitamente a París: los muebles eran franceses, las personas presentes eran francesas, la lengua que se hablaba era el francés y la comida era francesa. Muchos intelectuales franceses no le conocían más que como un gran amante del arte francés o como un poeta que componía bellos versos en francés. Yo conocía sólo su faceta de enamorado de Francia, entusiasta de su cultura y partidario de su política.

Aquel día, estaba sentado junto al Pachá cuando *monsieur* Saroux dijo, mirando con sus grandes ojos saltones un busto de bronce de dos pulgadas:

—Su palacio sólo necesita un ligero cambio para convertirse en un auténtico museo.

—Estoy de acuerdo —dijo el doctor acariciándose la barba—. Es una exposición permanente de todas las escuelas de genios, con una clara tendencia francófila.

El Pachá respondió:

—El mayor mérito está en mi gusto equilibrado que abarca diversas tendencias y escuelas, y se basa en el disfrute de la belleza creada tanto por Praxíteles como por Rafael o Cézanne, con la excepción de las corrientes modernas radicales.

Yo dije, mirando a *monsieur* Saroux, con el que siempre me gustaba bromear:

—Si el Ministerio de Educación pudiera trasladar este salón a la Escuela de Bellas Artes, no tendrían que gastarse dinero en mandar estudiantes a Francia o a Italia.

Monsieur Saroux se rió y respondió, dirigiéndose a mí:

—Y quizá hasta podrían prescindir del director de la Escuela francesa.

Pero el Pachá dijo con seriedad:

—Tenga la seguridad, querido Saroux, de que si este museo pudiera salir del Alto Egipto, iría directamente a París.

Le miramos sorprendidos, como si no diéramos crédito a nuestros ojos. La verdad es que la colección de arte del Pachá estaba valorada en cientos de miles de libras egipcias que habían ido a parar a los bolsillos de los franceses. Y era extraño que pensara en donarla a Francia. Aunque todos nos alegramos por la idea, no pude evitar preguntarle:

—¿Es verdad lo que ha dicho, Excelencia?

—Sí, mi querido Dorian —respondió el Pachá con tranquilidad—. ¿Por qué no?

Monsieur Saroux intervino:

—¡Qué felices nos vamos a sentir los franceses! Pero he de decirle sinceramente, Excelencia, que me temo que eso le cause muchas preocupaciones.

Seguí la mirada de *monsieur* Saroux y el Pachá nos miró a ambos de forma irónica con sus ojos azules y nos preguntó con fingida ingenuidad:

—¿Por qué?

Sin dudar, respondí:

—La prensa no va a dejar de hablar de ello.

—No hay duda de que la prensa nacionalista es su antiguo enemigo —dijo el doctor Pierre—. ¿Ha olvidado, Excelencia, sus ataques partidistas contra usted y sus acusaciones de que despilfarra en Francia el dinero de los campesinos egipcios?

—¡El dinero de los campesinos! —exclamó el Pachá.

—Por favor, perdóneme, Pachá —dijo el doctor—. Eso es lo que dicen.

Su Excelencia apretó los labios y se encogió de hombros con desprecio, luego dijo ajustándose las gafas, de montura dorada:

—Yo no presto atención a esas vulgares voces de denuncia, y mi sensibilidad artística ya no puede soportar que unas obras de tanto valor permanezcan entre esta gente tan bestia. No permitiré que se queden aquí para siempre.

Yo conocía la opinión de mi amigo el Pachá sobre los egipcios y el desprecio que sentía hacia ellos. Se comentaba que el año anterior, un destacado médico egipcio que

había obtenido el título de Bey fue a pedirle la mano de su hija, y el Pachá lo echó con cajas destempladas llamándole «campesino, hijo de campesino». A pesar de que yo estaba de acuerdo con muchas de las críticas del Pachá hacia su país, no compartía todos sus puntos de vista.

—Su Excelencia es un crítico muy duro —le dije. El se rió a carcajadas y respondió:

—Usted, querido Dorian, es un hombre que ha dedicado toda su valiosa vida al pasado. Quizá ha captado en la oscuridad la chispa del genio que inspiró a los antiguos y le ha insuflado la simpatía y el afecto que siente por sus descendientes. Pero no debe olvidar que los egipcios son el pueblo del *ful*.»¹

Me reí y le respondí:

—Perdone, Excelencia, pero ¿no sabe que sir Mackenzie, profesor de lengua inglesa en la Facultad de Letras, ha declarado recientemente que prefiere el *ful* al pudding?

El Pachá se rió de nuevo, y lo mismo hicieron todos los que estaban presentes. Luego, Su Excelencia dijo:

—Usted sabe a lo que me refiero, pero le gusta bromear. Los egipcios son animales sumisos por naturaleza y de carácter obediente. Han vivido como esclavos, de las migajas de sus gobernantes, desde hace miles de años. Gente así no tiene derecho a enfadarse porque yo done este museo a París.

—Nosotros no estamos hablando de derechos, sino de realidad —dijo *monsieur Saroux*—. Y la realidad es que se enfadarán. Luego añadió, recalcando las palabras:

—Y sus periódicos difundirán el enfado.

Pero al Pachá parecía que eso no le importaba. El detestaba a las masas y a la prensa. Quizá debido a su origen turco, tenía el gran defecto de empeñarse en sus propias opiniones y despreciar a los egipcios.

Como no quiso continuar aquella conversación, el Pachá cerró su puerta con delicadeza y nos dejó ocupados durante una hora saboreando el delicioso café francés, el mejor de todo Egipto. Luego, me miró con interés y dijo:

—¿No sabe, *monsieur* Dorian, que he empezado a competir con usted en el descubrimiento de tesoros?

Le miré extrañado y le pregunté:

—¿Qué quiere decir, Excelencia?

El Pachá se rió y dijo señalando al jardín del palacio, a través de la ventana del salón:

¹ Plato tradicional egipcio a base de habas secas cocidas con aceite, a fuego lento, con zumo de limón, ajo y sal.

—A unos metros de nosotros, en el jardín de mi palacio, hay una magnífica excavación.

Todos nos sentimos muy interesados. Yo esperaba oír una noticia impactante, ya que la palabra excavación me impresionaba de forma especial porque había pasado gran parte de mi vida -antes de obtener mi puesto en la Universidad- excavando en la fascinante tierra de Egipto.

Sin dejar de sonreír, el Pachá continuó:

—Espero que no se burlen de mí, señores. He hecho lo que hacían los reyes antiguos con los magos y los malabaristas. No sé cómo me he sometido, pero no me arrepiento, pues un poco de superstición alivia la mente de la carga de las verdades y de la ciencia. En resumidas cuentas, lo que pasó fue que hace dos días vino a mi palacio un hombre muy conocido en esta comarca llamado Sheij Yadalla, al cual la gente de aquí respeta y venera como a un santo. ¡Y cuántos santos tenemos en Egipto! Me hizo una petición y yo accedí, por tratarse de él.

El hombre me dijo que había localizado, por medio de su conocimiento espiritual y de libros antiguos, un valioso tesoro en mi jardín. Me pidió permiso para descubrirlo, bajo mi supervisión, tentándome con oro y perlas si satisfacía su deseo.

Me pareció tan inverosímil que pensé en echarle, pero él me suplicó con insistencia. Luego dijo: «No te burles de la ciencia de Dios ni insultes a los creyentes». Me eché a reír, luego me vino una idea y me dije: «¿Por qué no le sigo la corriente? No tengo nada que perder, y seguro que me voy a divertir». Y lo hice, amigos míos. Le di mi permiso. Ahora aparento seriedad, y él está excavando en mi jardín con la ayuda de dos de mis fieles criados. ¿Qué les parece?

Luego, el Pachá se rió con ganas y todos le imitaron. Pero yo me acordé de un suceso similar y dije:

—Naturalmente, ustedes no creen en la ciencia del Sheij Yadalla. Yo tampoco puedo creer, desgraciadamente. Pero no puedo olvidar que descubrí la tumba del sumo sacerdote Kamena gracias a una superstición como ésta.

Todos se quedaron sorprendidos. El Pachá me preguntó:

—¿Es verdad lo que dice, profesor?

—Sí, Pachá —respondí—. Un día, un Sheij como el Sheij Yadalla se acercó a mí en el Valle de los Reyes y me dijo que había encontrado, por medio de sus libros y de su conocimiento, un tesoro. Excavamos con nuestros picos y antes de que se acabara el día, encontramos la tumba de Kamena. Fue, sin duda, una feliz coincidencia.

El doctor Pierre se rió y dijo con ironía:

—¿Y por qué lo atribuye a una coincidencia y reniega de la ciencia antigua? ¿No es posible que los faraones legaran a sus descendientes sus secretos ocultos, del mismo modo que les legaron sus rasgos y sus costumbres?

Seguimos hablando de estos temas y pasamos el tiempo de forma agradable. Al ponerse el sol, los invitados se disponían a marcharse, pero yo manifesté mi deseo de ver la excavación que el Sheij Yadalla llevaba a cabo en el jardín. Salimos todos del salón y nos dirigimos a la puerta principal para despedir a los amigos. Luego fuimos hacia el jardín.

No habíamos dado más que unos pasos cuando oímos un gran ruido y un grupo de criados se interpuso en nuestro camino. Vimos que llevaban agarrado por el cuello de la ropa a un hombre del Alto Egipto y no cesaban de golpearlo. Luego le llevaron ante el Pachá y uno de ellos dijo:

—Excelencia, hemos sorprendido a este ladrón robando la comida de Beamish.

Yo conocía a Beamish muy bien: era el querido perro del Pachá, la más preciada criatura de Dios en su corazón, después de su mujer y sus hijos. Llevaba una vida placentera y honorable en el palacio del Pachá, atendido por criados y gente de la casa, y le veía un veterinario una vez al mes. Cada día le llevaban carne, huesos, leche y sopa. Y no era la primera vez que hombres del Alto Egipto habían robado la comida de Beamish.

El ladrón era un hombre genuino del Alto Egipto, con los rasgos de los antiguos egipcios, y estaba claro por su apariencia que era pobre. El Pachá le miró con severidad y le dijo con rudeza:

—¿Qué te ha inducido a violar la santidad de mi casa?

El hombre replicó, jadeando por el gran esfuerzo realizado al defenderse de los criados:

—Estaba hambriento, Excelencia. Vi la carne cocida tirada en la hierba y no me pude resistir, pues no he probado la carne desde la fiesta del sacrificio.

El Pachá se volvió hacia mí y dijo:

—¿Ve la diferencia entre nuestros pobres y los suyos? A sus pobres el hambre los impulsa a robar pan, en cambio, los nuestros sólo se conforman con carne cocida.

Luego levantó su bastón y golpeó al ladrón con fuerza en la espalda gritando a los criados:

—Llevallo al guardián. — El doctor Pierre se rió y le preguntó al Pachá:

—¿Y qué hará mañana si los hombres del Alto Egipto huelen el oro amontonado en el tesoro del Sheij Yadalla?

El Pachá replicó sin dudarle: —Lo rodearé de guardianes, como la línea de Maginot.

El Pachá y yo nos despedimos de los invitados y luego le seguí en silencio al lugar donde el Sheij Yadalla estaba a punto de convertirse en un gran arqueólogo. Estaba concentrado en su trabajo, al igual que sus ayudantes, cavando con sus picos y echando la tierra en cestos que dejaban a un lado. El Sheij Yadalla tenía los ojos brillantes de

esperanza y decisión, y mostraba en sus delgados brazos una rara fuerza. Estaba cerca del objetivo al que le había guiado su intuición divina. Para mí, ese extraño ser representaba al Hombre en su actividad, sus creencias y sus ilusiones. La verdad es que los hombres creamos dioses y fantasías, y tenemos una fe extraordinaria en ellos. Nuestra fe crea mundos para nosotros de gran belleza y creatividad. ¿No crearon los antepasados del Sheij Yadalla -cuyo rostro me recordaba la estatua del famoso Escribala primera civilización humana? ¿No crearon belleza en la superficie de la tierra y en su interior por igual? ¿No inspiraron su trabajo y su pensamiento Osiris y Amón? ¿Y qué son Osiris y Amón? Nada en general, pero su civilización fue muy importante. Incluso se puede decir que es nuestra civilización actual.

Nos levantamos para ver al devoto Sheij. El Pachá sonrió con ironía y yo me sumergí en mis sueños, sin saber ninguno de los dos lo que el destino le deparaba bajo aquellos montones de tierra. El trabajo parecía estéril y el Pachá se aburría. Sugirió que nos sentáramos en la veranda y le seguí en silencio. Pero nada más subir los primeros escalones, el Sheij Yadalla gritó:

—¡Señor, señor. Venga a ver esto!

Nos volvimos hacia él con un movimiento automático. El corazón me palpitaba de forma extraña por la llamada del Sheij. Me recordó a su antiguo antepasado que había dividido mi vida entre el fracaso y el éxito, entre la desesperación y la esperanza. Bajamos las escaleras rápidamente para alcanzar al Sheij y le seguimos con impaciencia.

Nos encontramos a los tres hombres moviendo una gran piedra de, aproximadamente, un metro cuadrado. Al acercarnos a ellos, vimos que la piedra descubría un hueco del mismo tamaño. Miré al Pachá y él me miró con gran asombro. Luego miramos dentro del orificio y vimos una pequeña escalera que terminaba en un pasillo que conducía al interior, paralelo a la superficie del suelo. El sol estaba a punto de ponerse y le dije al Pachá: «Necesitamos una linterna». Él mandó a un criado que nos la trajera. El hombre regresó con la linterna y yo le dije que fuera delante de nosotros. El criado se negó y pensé en quitarle la linterna, pero el Sheij Yadalla se me adelantó, cogió la linterna de la mano del criado y empezó a recitar versículos del Corán y extraños conjuros. Luego descendió con paso firme, yo le seguí y detrás vinieron los dos criados. Nos encontramos en un pasadizo de no más de diez metros cuyo techo sobrepasaba unos palmos de nuestras cabezas. El suelo era de tierra pero las paredes eran de granito. Bajamos despacio los escalones hasta llegar a una puerta de piedra que impedía el paso a los intrusos. Su aspecto no me resultaba extraño ni tampoco los símbolos grabados en el centro. La recorrí con la mirada, luego me volví hacia el Pachá y le dije con voz trémula:

—Excelencia, habéis descubierto una tumba antigua: aquí yace el general Hor, una de las principales figuras de la decimoctava dinastía. Pero el Sheij Yadalla dijo, visiblemente enfadado:

—Detrás de esta puerta hay un tesoro. Eso dice el libro que no miente.

Yo me encogí de hombros y respondí:

—Llámallo como quieras. Lo importante es abrirlo.

—Abrir el tesoro es fácil —replicó el Sheij—.

Esta puerta sólo obedece y se somete a una larga recitación que voy a comenzar ahora y durará hasta el alba. ¿Os habéis purificado para la oración?

Sus palabras afectaron a los dos criados, que miraron a su señor con desconcierto porque creyeron que dentro de poco estarían en presencia de una fuerza oculta y no tenían tiempo para hacer las abluciones y los rezos. Yo le respondí al Sheij:

—Nosotros no hemos llegado a esta puerta por medio de rezos. Por eso, tenemos que abrirla por la fuerza, como hicimos antes.

El Sheij se iba a oponer, pero no encontró argumentos. Permanecí en silencio mientras el Pachá le reprendía mirándome de reojo. De nuevo abreviaron el trabajo. Mi instinto se despertó y trabajé con ellos hasta superar el gran obstáculo, y nos encontramos ante la abertura hacia la tumba de Hor.

Como yo era un experto en estos trabajos, les dije que no se movieran durante un rato para que se renovara el aire. Para todos nosotros fue una tensa hora de espera. El Pachá estaba silencioso y confuso, como en un extraño sueño, y los dos criados miraban con seriedad al hombre en el que habían depositado su fe. El Sheij me avisaba de lo que podría suceder por despreciar sus creencias y yo me imaginaba lo que contemplarían mis ojos. Me pregunté lo que sucedería si adquiría una antigüedad como ésa, que se convertiría en la pieza más valiosa del inmortal museo de París.

Luego entré y me siguieron Al Arnauti Pachá y el Sheij Yadalla. Los dos criados permanecieron en el pasillo exterior, pero cuando se alejó de ellos la luz de la linterna y se quedaron a oscuras, fueron hacia adentro y se pusieron en una esquina.

La cámara mortuoria era tal y como indicaba su exterior. Yo había visto muchas igual. El sarcófago estaba en su lugar correspondiente, cubierto por una imagen en oro de su dueño. Junto a él se erguían tres estatuas de tamaño natural: una de un hombre -probablemente el propio Hor-, otra de una mujer que, al estar situada junto al hombre, debía de ser su esposa y delante de ella, una estatua pequeña de un niño.

Al otro lado había cajas cerradas, vasijas de colores, sillas, mesas y aparejos militares. Las paredes estaban cubiertas con pinturas, símbolos e inscripciones.

Lancé una mirada rápida y respetuosa sobre aquel mundo resucitado, pero el Pachá no me dejó reflexionar. Me dijo -no sé si fueron sus últimas palabras en esta vida:

—Lo mejor que podemos hacer, profesor Dorian, es informar de la situación al gobernador.

Yo respondí, sintiendo que mis esperanzas se desvanecían:

—Espere a que eche una mirada rápida, Pachá.

Con el Pachá situado a mi derecha, me acerqué a las cajas y a los muebles y los

examiné con ojos expertos y ansiosos. Mi mente me impulsaba a abrirlos para ver el contenido. Creía que estarían llenos de comida, ropa y joyas, pero resultaba muy difícil que alguien como yo controlara su deseo entre aquellos magníficos objetos que me apasionaban y me emocionaban. Y no olvidemos el sarcófago, las estatuas y la momia. ¡Qué maravilla!

Estaba enfrascado en mis pensamientos cuando oí la voz del Sheij Yadalla diciendo: «¡Hush!». Me volví hacia él enfadado porque cualquier susurro en aquel momento me alteraba los nervios. Pero el Sheij dijo con despreocupación: «Un pájaro».

—¿Qué dice de un pájaro, Sheij? —le reprendí—. ¿Cree que es momento de bromas?

—He visto un pájaro volando sobre el sarcófago —insistió.

Nos volvimos hacia el sarcófago pero no vimos nada. Hubiera sido inútil preguntar a los criados, así que le dije al Sheij:

—Déjese de imaginaciones, Sheij Yadalla.

Luego me reí y le dije al Pachá en francés:

—Quizá era el *Ka*, el pájaro del espíritu del muerto, que ha venido a visitarnos.

Seguí mirando las cajas y las paredes que hablaban a mi corazón un lenguaje silencioso que sólo yo podía comprender. Pero no pude prestar atención porque oí a los criados gritar:

—¡Su Excelencia el Pachá!

Nos volvimos hacia ellos rápidamente, enfadados, y los vi completamente aterrados. Estaban abrazados, con los ojos muy abiertos, y miraban fijamente el sarcófago. El Sheij Yadalla se quedó inmóvil, sujetando la linterna y con los ojos fijos en el mismo objeto. Miré el sarcófago y olvidé mi enfado: vi la tapa levantada y a la momia tendida ante nosotros con sus envoltorios.

¿Qué es esto? ¿Cómo se ha abierto el sarcófago? ¿Estoy tan influido por mi larga estancia en Oriente que sufro estas absurdas alucinaciones?

Pero ¿qué clase de magia es ésta? Veo a la momia delante de mí, y no soy el único que la ve. El Pachá se ha convertido en una estatua y los tres hombres están a punto de morir de terror. ¿Qué clase de alucinación es ésta?

La verdad es que siento pudor cada vez que las circunstancias me impulsan a contar lo que sucedió después, porque generalmente se lo cuento a gente culta que ha estudiado en Taylor, Levy-Bruhl y Durkheim. Pero ¿qué le voy a hacer? El propio Descartes, si hubiese estado en mi lugar en aquel momento, no se habría atrevido a burlarse de sus sentidos.

¿Qué vi?

Vi a la momia moverse y sentarse en el sarcófago con un movimiento tan ligero que

no le habría resultado posible hacer a ningún borracho ni a alguien adormilado, y mucho menos a alguien surgido del mundo de los muertos. Luego dio un salto sumamente ágil y se puso de pie frente a nosotros delante del sarcófago.

Yo estaba de espaldas a los dos criados y al Sheij Yadalla, y no pude ver lo que sucedía. Pero la oscilante luz que iluminaba la habitación indicaba el temblor de la mano que sujetaba la linterna. Yo me encontraba en un estado indescriptible. Confieso que estaba temblando de un miedo que no había experimentado en toda mi vida. Ni siquiera recuerdo un temor así cuando estuve en el frente oriental y en la batalla de Marne. ¡Qué asombroso! ¿Estaba frente a una momia, frente a un cadáver que había recuperado la vida de forma misteriosa o frente a un general egipcio que temblaba de miedo y sumisión cuando entraba en el palacio del faraón? ¿Era posible que me poseyeran tales pensamientos en ese momento? ¿Era posible que me hubiera dejado guiar por el temor? Estaba mortalmente aterrado. Mis ojos podían ver y mi memoria podía recordar lo que veían mis ojos.

No tenía ante mí una momia, sino un hombre completamente vivo cuyo aspecto me recordaba el de las imágenes que se ven en muchas paredes de los templos. Llevaba una falda corta blanca y se cubría su gran cabeza con un elegante bonete. Su amplio pecho estaba adornado con diversas condecoraciones y tenía un aspecto respetable y temible. Pero a pesar de su majestuosidad, tuve la impresión de que le había visto antes. Recordé al hombre del Alto Egipto que los criados llevaron ante el Pachá acusándole de haber robado la comida del perro Beamish. Era un extraño parecido, pero se reducía a la estatura, el color de la piel y los rasgos, no al espíritu y a la vitalidad. Y si este ser que estaba ante mí no poseyera esa nobleza y majestuosidad, tal vez me hubieran asaltado las dudas.

Clavó la vista en el Pachá de forma severa, como si no viera nada más que a él.

¿Qué les voy a decir, señores? ¡Le oí hablar!

Hor habló, después de un silencio de tres mil años. Habló con ese lenguaje antiguo que la muerte ha ocultado desde hace miles de años. Y olvidaré todas las cosas de este mundo antes de que olvide una sola palabra de lo que dijo.

Le dijo a mi afortunado amigo, el Pachá, con una voz cuya majestuosidad yo jamás había oído porque nunca había tenido el honor de hablar con reyes:

—¿No me conoces, esclavo? ¿Por qué no te arrodillas ante mí?

No escuché ningún sonido por parte del Pachá ni pude volverme para mirarlo. Pero oí la majestuosa voz que decía de nuevo:

—No he sentido la violenta cautividad de la muerte hasta que mi espíritu ha visto las maravillas que suceden en este mundo, mientras yo estaba encadenado a los grilletes de la eternidad, sin poder moverme. No podía acudir a ti porque mi vida se había acabado, como Osiris había decretado, pero tú has venido a mí por tus propios pies, y me maravilla cómo has podido cometer semejante locura. La vanidad te ha perdido. ¿No agradeces a los dioses que te hayan cambiado por mí? ¿Qué has venido a hacer aquí,

esclavo? ¿No te contentas con robar a mis hijos y por eso has venido a robar mi tumba?
¡Habla, esclavo!

Pero el pobre hombre no pudo decir nada, ni se movió. La vida se había ido a la momia, abandonando al Pachá.

La momia, por su parte, prosiguió:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no hablas? ¿No soy Hor? ¿No eres mi esclavo Shanaq? ¿No te acuerdas de que he venido del norte en una de mis victoriosas incursiones? ¿Pretendes no conocerme, esclavo? Tu blanca piel, que es símbolo de esclavitud, te delata, aunque lo niegues. ¿Qué es esa ridícula ropa que llevas puesta? ¿Y qué es esa falsa grandeza que ocultas tras ella?

Hor creyó que el Pachá no quería responder. Con las venas hinchadas y frunciendo el ceño, gritó lleno de ira:

—¿Qué te ha sucedido? ¿Qué ha sucedido en la tierra para que los más altos hayan caído en lo más bajo y los más bajos hayan ascendido a la cumbre? Los señores se han convertido en esclavos y los esclavos se han convertido en señores. ¿Cómo es que tú, esclavo, posees este palacio en el que mis hijos trabajan como criados? ¿Dónde están las tradiciones heredadas? ¿Dónde las leyes sagradas? ¿Qué es esta burla?

La ira de Hor se intensificó. Sus ojos se tornaron en dos brasas de las que salían chispas y gritó con voz de trueno:

—¿Cómo puedes ser tan insolente con mi hijo, esclavo? Le has humillado con una dureza que prueba tu naturaleza de esclavo. Le has golpeado con tu bastón porque estaba hambriento y has obligado a sus hermanos a golpearlo. ¿Tienen que pasar hambre los hijos de Egipto? ¡Maldito seas, esclavo!

Nada más terminar de hablar, Hor avanzó hacia el Pachá, furioso como un león que fuera a lanzarse sobre su presa. Pero el desgraciado Pachá no le esperó porque había perdido las fuerzas. Se cayó al suelo, quedándose inmóvil, mientras la amenaza de Hor se esparcía por la habitación como un nuevo terror para nosotros. El Sheij Yadalla se postró ante él. Se le cayó la linterna y nos quedamos completamente a oscuras. Yo me sentí aturdido, como si esperase recibir un golpe mortal en la cabeza, sin saber de qué dirección vendría. Miré en la oscuridad lleno de temor, luego me abandonaron las fuerzas. Por suerte, perdí el conocimiento y me ausenté del mundo.

Señores: hay momentos en los que me invaden la confusión y las dudas, y me pregunto si lo que vi fue realidad o fantasía. Quizá, a veces, tengo tendencia a engañarme. Pero cada vez que me inclino hacia la duda, me sobrevienen hechos que no puedo controlar. ¿Qué me dicen, por ejemplo, del testimonio del Sheij Yadalla, una persona viva que puede dar la misma versión de lo que yo he contado? ¿Y qué me dicen de los dos desgraciados criados que se volvieron locos? ¿Y de la tumba de Hor y el palacio del desierto? ¿Y, sobre todo, de la muerte de Mahmud Pachá Al Arnauti, que todos los lectores de prensa recuerdan con gran asombro?

EL REGRESO DE SINUHÉ

La increíble noticia se difundió por el palacio del faraón. Todas las lenguas la comentaron, todos los oídos la escucharon y los asombrados chismosos la repitieron. Un mensajero de la región de los amoritas fue a Egipto llevando una misiva al faraón del príncipe Sinuhé, que había desaparecido de repente hacía cuarenta años y cuya ausencia había provocado confusión en la gente. Se decía que el príncipe había suplicado al rey que le perdonara y le permitiera regresar a la tierra de Egipto para retirarse en tranquila soledad y esperar el momento de su muerte con paz y seguridad.

Nada más recordar la antigua historia de la desaparición del príncipe Sinuhé, la gente revivió los olvidados acontecimientos y recordó a sus héroes -que ahora eran ancianos y presentaban los síntomas de la vejez-. Hablaban sin parar, mezclando el recuerdo con la fantasía.

En aquella época lejana, la reina era una joven princesa que vivía en el palacio de Amenemhat I, una radiante flor surgida de un frondoso árbol. Su excitante cuerpo estaba vestido con el traje de la juventud y el manto de la belleza. La delicadeza iluminaba su espíritu y su inteligencia brillaba con sutil resplandor. Los dos príncipes mayores del reino estaban prendados de ella: el entonces heredero y actual rey, Senwosret I, y el príncipe Sinuhé. Ambos príncipes eran modelos perfectos de fuerza y juventud, valor y riqueza, afecto y fidelidad. Sus corazones estaban llenos de amor y sus almas, de lealtad. Pero llegó un momento en que se enemistaron hasta el punto de la ira y la violencia.

Cuando el faraón se enteró de que estaba a punto de romperse el cariño y la hermandad existente entre sus hijos, se sintió muy preocupado. Llamó a la princesa y, tras una larga conversación con ella, le mandó que no saliera de su ala del palacio. Luego llamó a los dos príncipes y les dijo con firmeza y franqueza:

—Ambos sois víctimas de vuestro ciego impulso por perseguir la imprudencia y la locura, lo cual provoca bromas entre los príncipes y curiosidad entre la gente. Los sabios han dicho que una persona no merece el calificativo de humana hasta que es capaz de controlar sus deseos y sus pasiones. ¿No os comportáis como seres irracionales? Habéis de saber que la princesa todavía duda entre los dos y permanecerá confusa hasta que su corazón le inspire la elección. Os he convocado para que renunciéis a vuestra rivalidad y volváis a la confianza que nunca debisteis romper. Además, deberéis estar satisfechos con su decisión, cualquiera que sea, y no trataros más que con lealtad y cariño, tanto el que resulte elegido como el perdedor. ¿Habéis terminado vuestras ocupaciones?

El tono del rey no dejaba lugar a dudas. Ambos príncipes bajaron la cabeza en silencio. El faraón les mandó que hicieran un pacto y se estrecharan la mano. Así lo hicieron. Luego se retiraron con buenas intenciones.

En esta época estalló la rebelión entre las tribus de Libia. El faraón mandó tropas para someterlas, dirigidas por el príncipe Senwosret, el sucesor al trono, el cual designó

al príncipe Sinuhé comandante de la división. El ejército luchó contra los libios en muchos lugares derrotándolos, y ambos príncipes mostraron su valor. Quizá estaban a punto de terminar su misión cuando el heredero anunció la muerte de su padre, el rey Amenemhat I. Cuando la triste noticia llegó al príncipe Sinuhé, le surgieron las dudas acerca del comportamiento del nuevo rey. La desconfianza se apoderó de él y desapareció súbitamente, como si se le hubiera tragado el desierto. Había muchos rumores sobre el paradero de Sinuhé. Unos decían que había huido a una aldea lejana, otros, que había sido asesinado en Libia y otros, que se había suicidado debido a la desesperación por el amor y la vida.

Las historias en torno a él proliferaron durante mucho tiempo, luego la gente se cansó de hablar y se olvidó durante cuarenta años, hasta que finalmente llegó ese mensajero de la región de los amontas con una misiva del príncipe Sinuhé, lo que despertó a los distraídos e hizo recordar a los olvidadizos.

El rey Senwosret miró la misiva con ojos incrédulos y consultó a la reina, que ahora tenía sesenta y cinco años, sobre el asunto. Acordaron enviar mensajeros a Amora con preciosos regalos para el príncipe Sinuhé, e invitarle a regresar a Egipto con seguridad y honor.

Los mensajeros del faraón atravesaron los desiertos del norte, llevando los regalos reales a la tierra de los amontas. Luego regresaron acompañados de un anciano de setenta y cinco años al que, al pasar junto a las pirámides, los labios le temblaron y la mirada se le oscureció con una nube de tristeza. Iba vestido de beduino, con una ruda túnica de lana y sandalias. En la cintura ceñía una espada envainada, y una larga barba blanca le caía por el pecho. Apenas quedaba nada de él que indicara que era un egipcio criado en el palacio de Menfis. Pero cuando los cantos de los marineros del Nilo llegaron a sus oídos, su mirada se tornó soñadora, le temblaron sus marchitos labios, el corazón le latió con fuerza y se le llenaron los ojos de lágrimas. Los mensajeros sólo sabían que el anciano se había arrodillado en la ribera del Nilo y había besado el suelo con cariño, como si besara la mejilla de alguien muy querido al que no viera desde hacía mucho tiempo.

Le condujeron al palacio del faraón y cuando estuvo en presencia del rey Senwosret I, se prosternó ante él y dijo:

—Que Dios te bendiga, excelso rey, por perdonarme y concederme el honor de permitirme regresar a la sagrada tierra de Egipto.

El faraón le miró con evidente sorpresa y exclamó:

—¿De verdad eres tú? ¿Eres mi hermano y mi compañero de infancia y juventud, el príncipe Sinuhé?

—Ante ti, señor, está lo que el desierto y cuarenta años han hecho con el príncipe Sinuhé.

El rey movió la cabeza y abrazó a su hermano con cariño y respeto. Luego le preguntó:

—¿Qué ha hecho el Señor contigo durante estos cuarenta años?

El príncipe se acomodó en su asiento y empezó a contarle:

—Señor, la historia de mi huida empezó en el momento en que te informaron de la muerte de nuestro poderoso padre en el desierto occidental. Allí el demonio me cegó y las murmuraciones me asustaron. Por eso huí a través de desiertos, aldeas y ríos hasta que traspasé las fronteras entre la perdición y la locura. Pero en la tierra del exilio, el nombre de la persona de cuyo rostro huí y que me exaltó con su fama me confirió gran honor, y siempre que me sentía triste, me acordaba del faraón y se disipaban mis tristezas. Permanecí dando tumbos hasta que el jefe de las tribus Tonu, en Amora, se enteró de mis penurias y me invitó a ir a verlo.

Era un magnífico jefe que trataba todo lo referente a Egipto con respeto y afecto. Me habló en el tono de un hombre de poder. Me preguntó por Egipto y le respondí lo que sabía, ocultándole mi verdadera personalidad. Me ofreció casarme con su hija mayor y acepté. Pensé con desesperación que ya no volvería a ver Egipto. Al poco tiempo -yo, que me había criado entre los carros del famoso faraón y había crecido en las guerras de Libia y Nubia- pude vencer a todos los enemigos de Tonu, y tomé muchos prisioneros, mujeres, niños, armas y riquezas. Y mi posición se elevó más aún. El jefe me nombró comandante de sus ejércitos y su sucesor.

El mayor desafío al que me tuve que enfrentar fue al gran ladrón del desierto, un malvado gigante que sólo con mencionarlo hace temblar a los hombres más valientes. Vino a buscarme codiciando mi casa, a mi mujer y mi riqueza. Todos los hombres, mujeres y niños corrieron a la plaza para presenciar el combate más feroz entre dos rivales. Fui hacia él entre voces de aclamación y de lástima y luchamos durante largo rato. Luego esquivé un golpe de su terrible hacha y le disparé con mi penetrante flecha, que le alcanzó el cuello. Se cayó desplomado y murió al instante. Desde ese día, yo fui el señor absoluto del desierto.

Luego sucedí a mi suegro, tras su muerte. Goberné a las tribus con la espada y establecí en ellas la ley del desierto. Los días, las estaciones y los años se sucedieron. Mis hijos se hicieron hombres fuertes que sólo conocían el desierto como lugar de nacimiento, vida, gloria y muerte. No sabes, señor, cuánto sufrí de nostalgia, zarandeado por el horror y el temor y afligido por las calamidades. Luego gocé del amor y de los hijos y saboreé la gloria y la felicidad, hasta que me llegó la vejez y la debilidad. Entonces concedí la autoridad a mis hijos y me retiré a mi jaima a esperar la muerte.

En mi soledad, me asaltaron las penas y la angustia se apoderó de mí. Recordaba la belleza de Egipto y las fértiles tierras de mi infancia y mi juventud. El deseo me turbaba y la tristeza dominaba mi corazón. Ante mis ojos aparecían escenas del Nilo: los campos verdes, el cielo azul, las elevadas pirámides y los erguidos obeliscos. Y yo temía que la muerte me alcanzara fuera de la tierra de Egipto.

Por eso te mandé una misiva, señor, y con tu bondad me perdonaste y me recibiste con los brazos abiertos. Yo no deseo más que un rincón tranquilo para pasar mi vejez

hasta que me llegue mi última hora. Luego me embalsamarán, despedirán el sarcófago con el *Libro de los muertos*, guía del más allá, y las plañideras de Egipto llorarán por mí y lanzarán agudos gritos.

El faraón escuchó a Sinuhé con deleite y alegría. Luego, dándole un gol perito en la espalda, le dijo: «Tendrás todo lo que deseas». A continuación, el rey encargó a uno de sus chambelanes que condujera al príncipe a su ala del palacio.

Un poco antes de la noche, llegó un mensajero y le dijo que la reina quería verlo. Inmediatamente, Sinuhé se dirigió hacia ella con su viejo corazón palpitante. Mientras seguía al mensajero, nervioso y distraído, susurraba: «¡Dios mío! ¿Es posible que la vuelva a ver? ¿Me recordará? ¿Se acordará de Sinuhé, el joven y enamorado príncipe?».

Trasasó el umbral del salón como sonámbulo y llegó al trono en segundos. Al levantar los ojos hacia la reina, vio que los años le habían arrebatado la lozanía de la juventud y no quedaban más que pequeños restos de su belleza.

Se inclinó respetuosamente ante ella y le besó el borde de la túnica. La reina le dijo, sin ocultar su sorpresa:

—¡Dios mío! ¿De verdad eres nuestro príncipe Sinuhé?

El príncipe se rió sin decir palabra. Aún no se había recuperado cuando la reina prosiguió:

—Mi señor me ha contado lo que le dijiste. Estoy impresionada por tus hazañas y la dureza de tu lucha, y sobre todo porque hayas tenido el valor de dejar a tu esposa y a tus hijos.

—Bendita seas, reina —contestó Sinuhé—. Al final de mi vida, mis penas aumentan y sólo quiero ser enterrado en mi amada tierra de Egipto.

La reina miró hacia abajo un momento, luego alzó hacia él sus ojos soñadores y le dijo con delicadeza:

—Príncipe Sinuhé: nos has contado tu historia. ¿Quieres conocer la nuestra? Huiste cuando te enteraste de que el faraón había muerto. Creíste que tu rival, que estaba por encima de ti, no respetaría tu vida, y te marchaste a través de los desiertos de Amora. ¡No sabes el daño que te hiciste a ti mismo y a las personas que amabas!

En el rostro de Sinuhé apareció la duda, pero no rompió su silencio. La reina continuó:

—Pero cómo ibas a saber que el heredero al trono vino a verme un poco antes de que tú partieras encabezando el ejército hacia Libia. Me dijo: «Princesa, el corazón me dice que has elegido al hombre que quieres. Contéstame con sinceridad y yo te prometo amistad y lealtad. Jamás romperé la promesa».

La reina se calló. Sinuhé suspiró y le preguntó:

—¿Y fuiste sincera con él, reina?

Ella hizo un gesto con la cabeza, sin contestar. La agitación de Sinuhé aumentó y preguntó, como volviendo cuarenta años atrás:

—¿Y qué le dijiste?

Ella sonrió y respondió:

—¿De verdad te interesa conocer mi respuesta, después de cuarenta años y después de que tus hijos se han convertido en jefes de las tribus de Tonu?

Los débiles ojos de Sinuhé miraron con perplejidad, luego dijo con voz temblorosa:

—¡Por el adorado Dios! Claro que me interesa.

La reina le miró fijamente a la cara con deleite e interés y dijo sonriendo:

—¡Qué extraño, Sinuhé! Pero he aquí lo que quieres. No te voy a escatimar la respuesta que debiste oír hace cuarenta años. Senwosret me preguntó y le dije que sentía por él afecto y amistad, pero mi corazón...

La reina se calló. Sinuhé levantó el rostro hacia ella. La barba le temblaba por la agitación y en su expresión mostraba asombro y turbación. La reina resumió en voz baja:

—Mi corazón... no puedo controlarlo.

—¡Dios mío! —exclamó Sinuhé.

—Sí. Eso es lo que le dije a Senwosret. El se despidió de mí conmovido y juró que seguiría siendo tu hermano hasta la muerte. Pero tú te precipitaste, Sinuhé, y te marchaste, arrancando nuestra floreciente esperanza y enterrando viva nuestra felicidad. Cuando me llegó la noticia de tu desaparición, no podía creerla. Casi me muero de pena. Permanecí aislada durante muchos años. Luego... luego la vida se burló de mis penas, y el amor a ella me liberó de la tristeza y la desesperación. Y me sentí feliz con el rey. Esta es mi historia, Sinuhé.

La reina le miró a la cara, vio su mirada sombría y los dedos temblorosos de emoción y se preguntó, mirándole con ternura y alegría: ¿es posible que la pesadumbre del antiguo amor todavía juegue con ese viejo corazón a punto de pararse?

UNA VOZ DE OTRO MUNDO

¡Dios mío! ¿Qué necesita esta tumba de las cosas buenas de la vida pasada? Es un trozo de la esencia de la vida repleta de aroma y placer. Sus paredes están adornadas con escenas de esclavas y criados, y está decorada con los muebles más lujosos y los adornos más bellos. Tiene todos los utensilios de belleza, perfumes y joyas que uno

pueda desear. También hay en ella una despensa repleta de legumbres, verduras y frutas, toda la sabiduría de mi biblioteca, llena de libros y todas las hojas y cálamos que necesita un escriba. Éste es el mundo tal como lo conocí. Pero ¿pueden ahora mis sentidos captar el sabor de la vida? ¿Todavía necesito sus distracciones? Los que construyeron esta tumba seguramente trabajaron en vano. Sin embargo, no puedo negar, por extraño que parezca, que no he dejado de sentir la necesidad de escribir. ¿Qué tienen esas hojas que me llaman con su adorado encanto? ¿Todavía queda una parte de mí de la que la muerte no ha suprimido la tendencia a la debilidad y la pasión? ¿Es que nosotros, la comunidad de los escribas, hemos sido sentenciados a sufrir por nuestros actos en las dos vidas? En cualquier caso, todavía me queda un periodo de espera antes de comenzar mi viaje a la eternidad. Voy a ocuparlo con el cálamos. ¡Cuántas veces este instrumento ha entretenido mi bello tiempo de ocio!

¡Dios mío! Aún recuerdo aquel día que estuve entre la vida y la muerte. Sí. Aquel día salí del palacio del príncipe antes de ponerse el sol, tras un duro trabajo que me había exigido gran esfuerzo. El príncipe me dijo: «Tawty, ya has trabajado bastante. No te esfuerces más». El sol se estaba inclinando hacia el horizonte occidental, en su eterno viaje al mundo de las sombras. El brillo de sus suaves rayos sacudió con el temblor de la muerte la superficie del sagrado Nilo. Yo continué mi consabido camino en dirección al sicomoro, al final de la aldea meridional donde estaba mi bonita casa.

¡Adorado Amón! ¿Qué es este dolor que siento en los huesos y en las articulaciones? No se debe a mi esfuerzo en el trabajo, porque cuántas veces he trabajado sin pausa, y cuántas veces me he mantenido firme y paciente, venciendo el cansancio con fuerza y voluntad. Pero ¿qué es este dolor que me consume? ¿Qué es este intenso temblor, nuevo e inesperado? Estoy lleno de miedo. ¿Es ese mal que no penetra en el cuerpo hasta que le llega la muerte? Pliégate, camino de la aldea, en tu belleza, pues no tengo fuerza en los miembros para captarla. Máchate, pájaro del cielo, pues en el pobre pecho de Tawty no hay nostalgia de tu llamada.

Seguí mi camino angustiado y quejumbroso. En la puerta de mi casa, mi mujer -la compañera de juventud y madre de mis hijos- gritó al verme: «¡Mi pobre Tawty, ¿por qué tiembas así? ¿Por qué tienes la mirada sombría?». Yo le respondí con tristeza y desesperación: «Querida esposa, ha ocurrido lo indeseable: el mal se ha instalado en el cuerpo de tu esposo. Prepara la cama y arrópame. Llama al médico y a nuestros queridos hijos. Diles que Tawty está en la cama implorando a su Señor. Pedid vosotros también que se cure».

Ella me estrechó contra su pecho y me llevó al lecho. El médico vino con las medicinas y, mirando al cielo, me dijo: «Gran escriba Tawty, siervo de Su Alteza el príncipe, necesitas la compasión de Dios. Suplícale desde lo más profundo de tu corazón».

Me tumbé resignado. Divino Anión, cuya sabiduría es excelsa, ¿no he acompañado a mi señor el príncipe al norte con los ejércitos del faraón? ¿No he presenciado los combates en los desiertos de Zahi? ¿No he participado en el valiente ataque de Qadish? Además, Señor, salí vivo de las flechas, los carros y las batallas. ¿Cómo es posible que la muerte me amenace en mi querida y segura aldea, en los brazos de mi esposa, mi

madre y mis hijos? Me sumergí en los sopores de la fiebre, con la cabeza dándome vueltas. Mi lengua decía cosas sin sentido y sentí la mano de la muerte explorando mi corazón. ¡Qué cruel eres, muerte! Te veo avanzar hacia tu objetivo con paso firme y corazón de piedra, sin cansarte, aburrirte, apiadarte, verter lágrimas ni infundir esperanzas. Pisoteas nuestros diminutos corazones destruyendo nuestros deseos y nuestros sueños, y no cambias tus métodos ni aunque la presa esté en la flor de la edad. Tawty tiene veintiséis años y es padre de hijos e hijas. ¿No escuchas? ¿En qué te perjudica dejar que la respiración resuene en mi pecho? Llámame cuando me haya saciado de esta querida y bella vida que no me ha atormentado nunca y a la que no he renunciado jamás. La he amado desde lo más profundo de mi corazón y todavía está en la flor. Mi salud siempre ha sido buena, la riqueza, abundante y las aspiraciones, grandes. ¿No lo has advertido? A mi alrededor hay corazones llenos de amor, espíritus y deidades. ¿No ves sus ojos llorosos? Es como si no hubiera vivido más que una hora de esta amada y bella vida. ¿Qué he visto de sus escenas? ¿Qué he oído de sus voces? ¿Qué he aprendido de sus ciencias? ¿Qué he degustado de sus artes? ¿Qué he experimentado de sus colores? ¿Qué oportunidades perderé mañana? ¿Qué pasiones se extinguirán? ¿Qué sentimientos se apagarán? ¿Qué goces cesarán?

Recordé todo esto. En mi eternidad, los encantos del pasado, la magia del presente y los deseos del futuro giraron en torno a mí. Ante mis sentidos pasaron flores, campos, agua, nubes, comida, bebidas, melodías, pensamientos, el amor, mis hijos, el palacio del príncipe, las fiestas del faraón, los sueldos, las condecoraciones, los títulos, los honores y la gloria. Y me pregunté: ¿puede desaparecer todo esto?

El pecho se me contraía con fuerza. Lleno de tristeza, grité con desesperación: «¡No quiero morir!». Los ejércitos de la noche se sucedieron y el sueño venció a los pequeños, pero mi esposa permaneció junto a la cabecera y mi madre, a los pies. Llegó la medianoche y nosotros seguíamos igual. Fue pasando el tiempo hasta que me sorprendió el azul del alba y me penetró una extraña sensación de miedo ante el siniestro silencio que nos envolvía. Luego noté que mi madre me agarraba los pies y decía con voz temblorosa: «¡Hijo, hijo!». Mi amada esposa gritó: «¡Tawty, ¿qué ves?». Pero no pude responder. Sin duda, había algo que provocaba su temor. ¿Lo leía en mi cara? Mis ojos se dirigieron involuntariamente hacia la entrada de la habitación. La puerta estaba cerrada pero el mensajero entró. Entró sin necesidad de abrir la puerta. Le reconocí aunque no le hubiera visto antes: era el mensajero de la muerte, sin duda. Se acercó a mí sonriendo, con paso lento. Su silencio era imponente y su belleza, irresistible. Tenía los ojos fijos en él, sin poder ver ninguna otra cosa. Quise suplicarle, pero mi lengua no me obedeció. Me pareció, por su amplia sonrisa, que conocía mi deseo oculto. Yo le sentí como un compañero, sin que me preocupara nada.

Se disiparon los susurros de la noche, las tristezas y los lamentos. Me despreocupé de las lágrimas que me rodeaban y me encontré en un estado de bienestar y seguridad que nunca había experimentado. Me entregué a un infinito amor, dejando mi cuerpo solo en el combate. Vi, sin inmutarme, la sangre resistiendo en mis venas, el corazón esforzándose en latir, mis músculos contrayéndose y estirándose, mi respiración resonando desde lo más profundo y mi pecho subiendo y bajando. Sentí unas manos cariñosas que se apoyaban en mi espalda y me estrechaban, y vi mi exterior y mi

interior sin la menor preocupación. El mensajero desvió la atención de mí y la dirigió a mi cuerpo para realizar su misión con seguridad y confianza, sin que sus bellos labios dejaran de sonreír. Vi el sagrado hálito vital someterse a su deseo y separarse de mis pies, de mis piernas, de mis muslos, de mi vientre y de mi pecho, la sangre sin ellos condensarse, los miembros atrofiarse y el corazón pararse, hasta que un profundo suspiro se escapó de mi boca entreabierta. Mi cuerpo se quedó quieto mientras yo me sumergía en la eternidad. El mensajero se marchó como había llegado, sin que nadie se diera cuenta. Me invadió una extraña sensación de que había dejado la vida y ya no volvería a pertenecer al mundo de los vivos.

Tuve la extraña sensación de que había muerto, y ya no pertenecía al mundo de los vivos. Pero todavía estaba en mi habitación y ésta permanecía igual que siempre. ¿Qué había pasado? ¿Qué había cambiado en mí? Mi madre y mi esposa estaban inclinadas sobre mi cuerpo cuando sucedió algo que no ofrecía duda y era lo más importante. Pero no me sorprendió. Y si hubiera podido responder a mi esposa cuando me preguntó: «Tawty, ¿qué ves?», le habría dicho: «Que estoy muerto». Pero había perdido la capacidad de hablar y otras cosas. Como he dicho, no me sorprendió sentir la visita de la muerte -como el lecho siente la invasión del sueño y el embotamiento del sopor-, consciente de lo que estaba sucediendo. De lo que no hay duda es de que la muerte no es dolorosa ni terrible, como los mortales se imaginan. Si conocieran la verdad acerca de ella, la alabarían, como hacen con el vino añejo, prefiriéndola a todo lo demás, pues no provoca arrepentimiento ni tristeza. Por el contrario, la vida parece algo insignificante cuando se vislumbra en el horizonte esa luz divina y radiante. Yo estaba encadenado con grilletes y éstos se soltaron. Estaba atrapado en una vasija y se produjo mi liberación. Me sentía muy pesado en la tierra y me despojé de mis cadenas liberándome de mi peso. Era limitado y me volví infinito. Mis sentidos eran reducidos, pero mis facultades se transformaron y podía ver, oír y comprenderlo todo. Y era capaz de percibir al mismo tiempo lo que tenía encima, lo que tenía debajo y lo que me rodeaba, como si hubiera abandonado el cuerpo que yacía ante mí para tomar de la Creación un cuerpo nuevo. Esta completa transformación, imposible de describir, se produjo en un instante. Incluso me parece que no he salido de la habitación en la que pasé los momentos más felices de mi vida anterior. Es como si tuviera que custodiar mi antiguo cuerpo hasta que alcance su reposo final.

Continué observando todo cuanto me rodeaba con calma y sin miedo. El ambiente de la habitación rezumaba una profunda tristeza. Mi madre y mi esposa continuaban trabajando en mi cuerpo -mi antiguo compañero-, que con sus familiares rasgos permanecía tendido en el lecho. Su color era blanco mezclado con azul. Tenía los miembros flojos y los ojos cerrados. Los hijos y los criados le llamaban y todos gemían y gritaban. Consumidos de pena, vertían abundantes lágrimas sobre él, mientras yo los veía con extraña indiferencia, como si nunca hubiera estado cerca de ellos. ¿Qué es este cuerpo muerto? ¿Por qué gritan esos seres humanos? ¿Qué es esa desgracia que ha vuelto sus caras feas y desencajadas? No, yo ya no soy un ser humano, y sus lágrimas y sus lamentos no pueden devolverme a su mundo. Deseé que terminaran conmigo para poder ir a mi mundo nuevo, pero, por desgracia, mis seres queridos todavía tenían una parte de mi libertad cautiva del mundo temporal. Me armé de paciencia y aguanté. Mi

madre vino con una sábana para cubrir el cadáver y echó de allí a los niños y a los criados. Tomó a mi esposa de la mano y ambas salieron de la habitación y cerraron la puerta. Pero no se ocultaron de mi vista, porque las paredes no me lo impedían. Las vi cambiarse y ponerse ropa negra. Luego se dirigieron al patio de la casa, se soltaron las trenzas y se echaron tierra en la cabeza. A continuación se quitaron las sandalias y corrieron hacia la puerta de la casa, donde empezaron a gritar y a abofetearse la cara. Mi madre dijo: «¡Hijo mío!», y mi esposa exclamó: «¡Esposo mío!». Luego dijeron ambas: «Misericordia para el pobre Tawty. La muerte se lo ha llevado sin compasión en la flor de la juventud».

Salieron de la casa llorando y gritando y empezaron a andar hasta que pasaron por la primera casa. La dueña salió y les preguntó: «¿Qué os pasa, hermanas?». Ellas respondieron: «Nuestra casa está arruinada, nuestros hijos están huérfanos, la madre ha perdido a un hijo y la esposa se ha quedado viuda. Piedad para ti, Tawty». La mujer exclamó, desde lo más profundo de su pecho: «¡Ay, corazón roto, juventud destruida, esperanzas perdidas!». Siguió a las dos mujeres y todas se echaron tierra en la cabeza y se abofetearon la cara. Cada vez que pasaban por una casa, la dueña salía y se unía a ellas, hasta que participaron todas las mujeres de la aldea. Una mujer con experiencia en duelos iba delante, repitiendo mi nombre y mis virtudes. Fueron por todas las calles de la aldea manifestando su tristeza. Pero el nombre que las plañideras repetían, aunque era el mío, me dejaba impasible.

Sí. Ese nombre se había convertido en algo extraño para mí, al igual que aquel cadáver. Me preguntaba cuándo se terminaría todo. Por la noche llegaron los hombres, transportaron el cadáver a la casa de embalsamar, en medio de gritos, y lo colocaron en un lecho en la cámara sagrada. La habitación era alargada y muy amplia, sin una sola ventana, excepto un tragaluz en medio del techo. El lecho estaba en el centro de la habitación. A ambos lados había unas estanterías con tarros llenos de medicamentos y en el centro, debajo del tragaluz, había un gran pilón lleno del milagroso fluido. Salieron todos los hombres, excepto dos que eran especialistas, a juzgar por la destreza y rapidez con que realizaban el trabajo. Uno de ellos trajo una palangana y la colocó junto a la cama. Ambos desnudaron el cadáver y todo el cuerpo se mostró desnudo. Lo hicieron con tranquilidad y despreocupación. Luego, el que había llevado la palangana dijo, palpando los músculos de mi pecho y de mis brazos: «Era un hombre fuerte. ¡Mira!». El otro respondió: «Era Tawty, uno de los hombres del príncipe. A cambio de comida y bebida, luchaba con valentía en los combates». El que había llevado la palangana comentó:

«Ojalá los cuerpos se pudieran tomar prestados», a lo que respondió el otro riendo: «¡Ay, anciano! ¿Y para qué te sirve un cuerpo muerto?». Luego dijo, moviendo la cabeza: «Era fuerte de verdad».

El otro se rió y respondió, agarrando un largo y afilado puñal de una estantería: «¡Vamos a probar su fuerza!». Clavó el puñal en el costado izquierdo, hasta hundir completamente la hoja, y fue cortando hasta la parte alta del muslo. Luego introdujo la mano en el interior trabajando con maestría. Extrajo los intestinos y el estómago y los puso en la palangana. A continuación añadió el hígado y el corazón. En unos

momentos, todos mis órganos internos estaban ante mí, pues los embalsamadores eran hábiles en su trabajo. Miré cada parte interna de mi cuerpo con atención, especialmente el estómago, considerado muy fuerte y activo. Gracias a mis mágicos poderes de visión, pude apreciar su contenido con claridad: oca, higos y restos del vino que había tomado en el banquete del príncipe la última noche. Recordé lo que me dijo cuando me invitó a la mesa: «Come y bebe, Tawty, y disfruta de la vida, hombre fiel». Vi y recordé sin sentir nada, con absoluta indiferencia. Luego miré mi corazón y vi un mundo lleno de maravillas: los restos del amor, las tristezas, alegrías y enfados, las imágenes de los seres queridos, de los compañeros y de los enemigos, por los que había dejado a un lado el romanticismo y la gloria para demostrar mi valor en las guerras de Zahi y Nubia. Allí había presenciado escenas horribles de carnicerías en los combates, sangre y mutilaciones que me impulsaban a luchar sin piedad hasta añadir a la tierra de mi dinastía una tierra que nuestros vecinos también habían codiciado durante años. Vi en mi corazón toda mi vida y las pasiones que había sentido.

El hombre siguió trabajando con calma y precisión. Tomó un gancho y me lo introdujo por la nariz con precaución hasta que alcanzó su objetivo. Luego lo dirigió con maestría y violencia, lo arrastró rápidamente y se deslizó mi cerebro por la nariz, una sustancia viscosa que esparció por el aire el contenido de mis brillantes ideas, mis queridas esperanzas y el humo de mis sueños. Ésos eran mis pensamientos pintados ante mis ojos. Pero cuando los consideré a la luz de la verdad que mi espíritu ahora veía, sólo me parecían insignificantes deformidades, contra las que combatía la morada en la que había encontrado refugio. Mi cabeza y mi cerebro. Ahora estoy leyendo el poema que compuse describiendo la batalla de Qadish. Aquí están los discursos que pronuncié ante el príncipe en diversas ocasiones y éstas son mis opiniones sobre literatura y buena conducta, y las reglas de astronomía que aprendí en los libros de Qa-qumna. Todo eso lo removió el hombre con los trozos de mi cerebro y se quedó entre el estómago y los intestinos, en la palangana llena de sangre, además de los trozos que se cayeron al suelo y fueron aplastados por los pies. El médico dijo, colocando el gancho en su sitio: «Ahora el cuerpo está limpio». Su compañero le respondió riendo: «Ojalá cuando mueras encuentres unas manos tan expertas como las tuyas».

Los dos médicos llevaron lo que quedaba de mi cuerpo al gran pilón, lleno con el mágico líquido, y lo sumergieron en él. Luego se lavaron las manos y salieron de la habitación. Supe que la estancia no se volvería a abrir hasta dentro de setenta días -el periodo de embalsamamiento-y me invadió la angustia. Se me ocurrió que mi espíritu saliera al mundo para echar el último vistazo de despedida.

Mi espíritu estaba deseoso de salir al mundo. Y salí, aunque en realidad no realicé ningún movimiento. Bastaba con que dirigiera mi pensamiento hacia algo y lo encontraba frente a mí.

La realidad era incluso superior, pues mi vista se convirtió en algo extraordinario, en una fuerza penetrante que cortaba los velos, traspasaba las barreras y se introducía en las mentes y en los lugares más recónditos. Aunque ya se había producido la despedida, el pensamiento me llevó hasta mi familia y me encontré en mi casa. Los niños estaban sumergidos en un sueño profundo que no interrumpía la agitación. Mi esposa y mi

madre estaban tumbadas en el suelo, con la preocupación y el sufrimiento reflejados en su rostro. Al día siguiente, su tristeza aumentaría cuando trasladaran el sarcófago a su última morada. Mi espíritu penetró en ellas y movieron la cabeza. Me aparecí ante ellas en sueños y vi dos corazones afligidos latiendo con dolor y tristeza. ¿Qué era toda esa desgracia? No obstante, algo me llamó la atención: vi en la oscuridad de los corazones un punto blanco y lo reconocí -ahora nada me era desconocido—: era el germen del olvido. Este germen crecerá y se extenderá hasta cubrir todo el corazón. Sí, lo vi con claridad pero sin inmutarme, pues ya nada me inquietaba. Por el contrario, me pregunté, intrigado, por el placer del descubrimiento, cuándo sucedería, y mis dos ojos sobrenaturales me mostraron una imagen del futuro: vi a mi madre, agarrada a un niño con la mano derecha, caminar por una calle llena de gente, ondeando una flor de loto. Y supe que había ido, o que iría, a participar en la fiesta más importante de nuestra aldea, la fiesta de la diosa Isis. Su cara estaba radiante, y mi hijo gritaba y reía. Vi a mi esposa preparar un banquete —su comida era lo mejor del mundo- e invitar a un hombre que yo conocía: su primo materno Sawn, que era un excelente esposo. Si la muerte me hubiera permitido alegrarme, me habría alegrado por ella, porque Sawn era un hombre virtuoso que haría feliz a mi esposa y cuidaría de mis hijos.

Mi espíritu abandonó mi casa y fui al palacio de mi querido príncipe. Penetré en su mente y lo encontré apenado por mi pérdida, ya que sentía por mí un extraordinario aprecio. Su mente estaba ocupada en elegir mi sucesor. Leí en su memoria el nombre del nuevo candidato: Ab Ra, uno de los más capacitados, aunque no fuéramos amigos.

Todo eso estaba bien, pero ese día el faraón recibía en mi aldea al enviado de los hititas para sellar un pacto de paz y reconciliación. Vi Menfis, de un vistazo, aclamada por la concentrada multitud, y el palacio en su máximo esplendor. El rey, el mensajero, los sacerdotes, los notables y los generales se habían reunido en la gran sala del trono: las personas más importantes del mundo reunidas en un mismo lugar. El triunfante faraón estaba hablando al enviado de los poderosos hititas en un ambiente amistoso y civilizado. Pero el pecho del rey estaba lleno de rencor, y repetía en su mente una sola expresión: «Lo imposible no puede ser». El enviado, por su parte, tenía el corazón lleno de odio y albergaba este pensamiento: «Paciencia hasta que se muera este rey poderoso».

Seguí mirando y vi caras, ropas, corazones, mentes y vientres. Vi el mundo aparente y el oculto sin dificultad, y me divertí un rato observando la exquisita comida y bebida que tenían en sus estómagos, hasta que tropecé en el estómago de un sacerdote con cebollas y ajos -ambas cosas prohibidas para los sacerdotes-, y me maravillé de como ese hombre había aprovechado la distracción de sus compañeros para tomar esa comida. Y vi en una parte del estómago de un noble la insinuación de la enfermedad que acabaría con su vida. En ese momento, el hombre estaba hablando alegre y tranquilamente con un general. Le dije: «¡Bienvenido!». Luego me fijé en el gobernador Tety, famoso por su crueldad y tiranía, hasta el punto de que el faraón le tuvo que advertir que fuera más moderado en la vigilancia de su región. Le miré con atención e inmediatamente descubrí que su cuerpo era flaco, tenía los miembros enfermos y se quejaba amargamente de los dientes y las articulaciones. Cada vez que sentía dolor, deseaba poder cortar la infección de su cuerpo. Eso explicaba su crueldad

y el hecho de que no dudara en castigar la deslealtad de sus subordinados con extremada crueldad. Además de Tety, vi al visir Mina, ese hombre terco que rechazaba la idea de paz con todas sus fuerzas y siempre estaba incitando a la guerra. Me pregunté cuál sería el secreto de la peligrosa terquedad de ese visir. Vi que su mente era brillante, pero sus entrañas eran débiles. Los restos de su comida permanecían en ellas durante mucho tiempo, corrompiendo su sangre cuando circulaba. Luego iba a su cerebro corrompiéndolo y nublando la luz de su razón. El resultado era que lo que salía de su boca hacía gran daño. El hombre estaba satisfecho de sus opiniones, que consideraba claras y rectas, pero yo veía su cerebro sucio y dañado.

Luego mi vista se posó en los pechos de los presentes, y observó los lugares ocultos tras las sonrientes caras. Un pecho estaba tremendamente aburrido y le susurró a su compañero: «¿Cuándo regresaremos a palacio para escuchar el canto de las cortesanas?». Otro pecho murmuró: «Si el hombre hubiera muerto de su enfermedad, yo ahora sería comandante de la compañía de lanceros». Un tercer pecho se preguntaba con impaciencia: «¿Cuándo partirá el imbécil de viaje de inspección, para que yo pueda disfrutar de su bella esposa, a la que adoro?». Otro pecho le comentó a su compañero: «El ser humano no sabe cuándo le llegará su última hora. Así que, a partir de hoy, no voy a retrasar la construcción de mi tumba. ¿Para qué otra cosa sirve el dinero?». La duda se apoderó de un pecho amplio y se apresuró a decir a su compañero: «Akhenatón dice que el Señor es Atón, mientras que Horemheb dice que es Amón. Y hay una secta que adora a Ra. ¿Por qué permite el Señor estas diferencias?». No continué mucho tiempo en la magnífica fiesta del faraón porque en seguida me aburrí. Me marché y me dirigí de nuevo al extenso mundo.

Ante mí pasaron numerosas escenas de la tierra y del cielo. Busqué sus verdades esenciales y llegué a su núcleo, hasta que me fijé en un feto que estaba en el útero. Vi su carne y sus huesos, luego presencié su nacimiento e incluso su futuro. Le vi siendo un bebé, un niño, un muchacho, un joven, un hombre adulto, un anciano y un muerto. Vi todos los acontecimientos de su vida, sus alegrías y tristezas, sus satisfacciones y sus enfados, sus esperanzas y su desesperación, su salud y su enfermedad, su amor y su aburrimiento. Lo vi todo a la vez en un minuto. Incluso los gritos por su nacimiento y los sollozos por su muerte se mezclaron en mis oídos. Me sobrevino un desbocado deseo de jugar y seguí la vida de muchas personas, desde su nacimiento hasta su muerte. Disfruté mucho de sus diferentes situaciones de forma simultánea: una cara se reía y se irritaba decenas de veces en una fracción de segundo. Una mujer altiva por su belleza se enamoraba, se casaba, se quedaba encinta, daba a luz, envejecía y se volvía fea en un momento. A la lealtad y la traición no las separaba el tiempo. Estas y otras innumerables cosas hacían absurda la vida, y si los muertos pudieran reírse, yo me habría echado a reír. Me parecía que la única realidad en el mundo era el cambio. Mi espíritu deseó que toda la gente y sus locas vidas se apartaran de mi vista, y así sucedió. Los vi de lejos, como una enorme masa. Sus formas habían menguado, sus rasgos se habían borrado y las diferencias entre ellos habían desaparecido, convirtiéndose en un único bloque, quieto y silencioso, sin vida ni movimiento. Continué mirándolos con asombro y perplejidad hasta que me acostumbré y se me reveló una nueva dimensión que antes permanecía oculta.

Vi aquella tranquila oscuridad esparciendo una luz común, pues las débiles luces que oscilaban en cada cerebro, de forma individual, se habían unido formando una masa compacta que despedía una luz fuerte y resplandeciente. Vi en su brillo una cegadora verdad, una bondad pura y una belleza luminosa. Y mi asombro y perplejidad regresaron. ¡Dios mío! Por mucho que sufran las almas, inventan y crean. Tawty ha visto cosas gloriosas y verá otras más gloriosas y más ingeniosas. Me convencí de que aquella luz que me había deslumbrado no era más que un punto del cielo al que ascendería. Aparté la mirada, dando la espalda al mundo, y me encontré de nuevo en la cámara sagrada de embalsamamiento, con una alegría divina indescriptible llenando mi espíritu.

Transcurrieron los setenta días de embalsamamiento. Los hombres vinieron de nuevo, sacaron el cadáver del pilón y lo metieron en el sudario. Luego trajeron el sarcófago, en cuya tapa había grabada una bella imagen del joven Tawty, y depositaron el cuerpo dentro. A continuación lo cargaron a hombros y lo llevaron fuera. Allí vi a mi familia y a los vecinos sollozando y abofeteándose el rostro, igual que el día de mi muerte. Se dirigieron al Nilo y montaron en un gran barco que los llevó a la ciudad de la Inmortalidad, en la ribera occidental. Depositaron el sarcófago gritando. Mi madre dijo: «Mis lágrimas no se secarán y mi corazón no volverá a conocer la paz sin ti, Tawty». Mi esposa gritó: «¿Por qué he sido condenada a vivir sin ti, esposo mío?». El chambelán del príncipe clamó: «Tawty, glorioso escriba. Has dejado tu sitio vacío».

Permanecí mirando con los ojos que habían olvidado su pasado, como si no me uniera ningún vínculo con ese mundo ni con los seres humanos. El barco fondeó en la playa y de nuevo levantaron el sarcófago. Desde allí lo llevaron al mausoleo -en el que había gastado la mayor parte de mi dinero- y lo depositaron sobre el suelo de piedra. Durante este tiempo, un grupo de sacerdotes leyó algunos versos de *El libro de la muerte* para guiarme al más allá. Luego se fueron marchando, hasta que la tumba se quedó desierta y no se oía más que el sonido de lamentos lejanos. Se cerraron las puertas y arrojaron encima arena. De esta forma se cortó la unión entre el mundo del que me había despedido y el mundo que me recibía.

Observación: aquí se corta el texto del jeroglífico. Quizá el periodo de espera al que hace referencia el escriba al comienzo del documento ha concluido, o quizá su viaje a la eternidad ha empezado. Aquí desvió la atención de su querido cálamo y de todas las cosas.